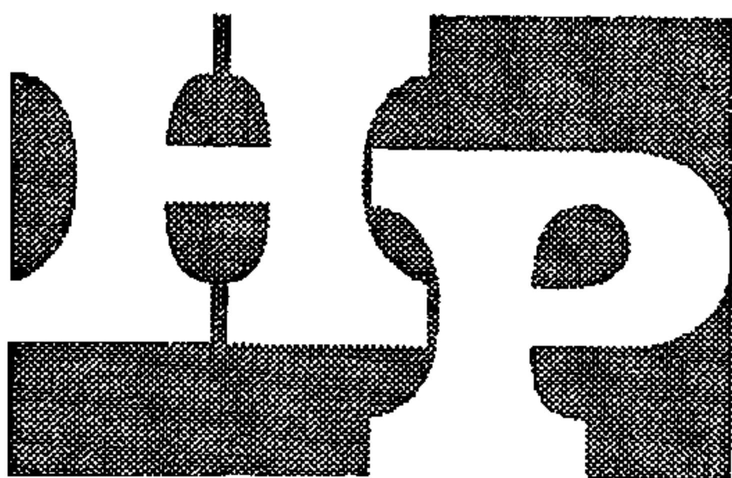


Silver Kane

SHERIFF ESPECIAL





Héroes de la PRADERA



Silver Kane

SHERIFF ESPECIAL

Colección
HÉROES DE LA PRADERA Nº 327
Publicación semanal
Aparece los JUEVES

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
BARCELONA-BOGOTA-BUENOS AIRES-CARACAS-MEXICO

ISBN 84-02-02524-2

Depósito legal: B 7888-1976

Impreso en España - Printed in Spain

2.ª edición: abril, 1976

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL, BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva, 2. Baecelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

CAPÍTULO PRIMERO

Los cuatro hombres capitaneados por Palmer no fueron directamente a la población, sino que dieron una larga vuelta por las montañas a fin de evitar, en lo posible, ser vistos. Su propósito era llegar a la ciudad a las diez, coincidiendo con Brostein.

¿Quién era Brostein?

Los cuatro hombres que acompañaban a Palmer y sobre todo este último, lo conocían bien. James, el más joven, había visto muchas veces, en el periódico de Carson City o Tucson, la efigie del potentado y sentía una gran admiración por su riqueza y poderío. Lou, el que le seguía en edad, había llevado docenas de cartas para él cuando era jinete del *Poney Express*, muchas de las cuales había abierto, lo que lo hacía conocedor de buena parte de sus secretos. Jeff y Laurent, los dos de más edad del grupo, habían servido a sus órdenes durante seis meses, conduciendo ganado desde Texas a Wyoming, aunque el mismo Brostein no los conocía personalmente. Y por fin, William. Palmer no había tenido ningún contacto con él, pero le conocía, como a todos los hombres adinerados del Oeste.

Mientras esos cinco hombres, Palmer, James, Jeff, Laurent y Lou, se dirigían lentamente a Kelben, algunos personajes se dirigían también hacia la nueva y tumultuosa ciudad de Nevada.

Brostein era uno de esos personajes. Viajaba en un lujoso carruaje particular tirado por un envidiable tronco de caballos y escoltado por sus cinco pistoleros de confianza, quienes jamás se separaban de él. Y Brostein, mirando a través de la ventanilla aquellas llanuras inmensas, cortadas a veces por laberintos de montañas, sentía como si toda su vida pasada le acompañase ahora, porque él había empezado toda su fortuna allí, cuando Kelben aún no existía apenas y eran pocos los aventureros que se habían

establecido en Nevada, y porque era en aquella tierra donde todo había cambiado para él. Le acompañaba en su viaje su hija, una preciosa muchacha de veinte años, cuidada con todo el mimo y solicitud que la fortuna de Brostein había podido proporcionarle. Para ella, la tierra que ahora estaban visitando no significaba nada, y apenas comprendía el capricho de su padre al traerla a un lugar tan salvaje. Pero había debido amoldarse a ella.

Además, otro personaje se dirigía también a Kelben. Éste montaba un brioso caballo y vestía ropas cubiertas de polvo. Sus revólveres recién engrasados brillaban poco a la luz del sol, pero en cambio sus ojos sí que relucían intensamente, de una forma casi siniestra, cada vez que miraban hacia la lejanía. Sobre su chaleco de piel de gamo lucía una estrella de *sheriff*.

Palmer y sus hombres fueron los primeros en llegar a la ciudad y, tras descabalgar y atar los caballos, penetraron en el saloon y tomaron asiento en un rincón aislado. Fue allí donde James preguntó qué había sido de los tres hombres que acompañaron a Palmer a Forsite, y sobre los que éste no había dado explicación alguna.

—Estaba seguro de que los encontraríamos aquí —añadió James —, y creo que por eso no te habíamos preguntado nada. ¿Dónde están?

Se ensombrecieron las facciones de Palmer.

—Murieron. En Forsite tuvimos un encuentro con Clive Burkam.

—¡Clive Burkam! ¿Y los mató a los tres?

—Sí, pero yo antes había exterminado a sus tres agentes. Ahora está más solo que una rata en el desierto.

—¿Y esta rozadura en la mano te la causó él?

—Fue un disparo de suerte —dijo Palmer—. Sólo eso. Y no perdamos más tiempo hablando porque ahí llega el carruaje de Brostein.

En efecto, el lujoso coche tirado por el tronco de caballos se había detenían frente a la ventana que les servía de mirador. El salón en que se encontraban, único en la ciudad, era monumental y estaba situado frente por frente del también único establecimiento bancario de Kelben, el
Farmer’s
Bank. Era a la Serta de éste donde el carruaje se había detenido.

Los cinco guardaespaldas saltaron de sus caballos y entraron primero en el local, en cuya puerta aguardaban ya el director y dos empleados de confianza. Uno de los guardianes se quedó en la calle, atando los caballos a la barra y escrutándolo todo con ojos vigilantes.

Brostein descendió y ayudó a hacer lo propio a su hija. Seguidamente, entraron en el Banco.

—¿Todo preparado, míster Johnson? —preguntó el potentado, estrechando la mano del director.

—Todo listo, señor. Desde hace un año en que se recibió su carta, hemos venido reservando la cuarta parte del envío de dinero que mensualmente hacemos a nuestra central, y así podemos disponer hoy en nuestra caja fuerte de una reserva de numerario muy importante, muy importante. Y desde luego, puedo asegurarle que nadie en la población sospecha nada. Míster Kipps y míster Goert, mis dos empleados de confianza, se han enterado hoy de la cantidad exacta que se conserva en mi caja, pues he llevado por mí mismo una pequeña contabilidad secreta para el caso.

Brostein aprobó con un movimiento de cabeza. Lorena, su hija, que no entendía absolutamente nada de todo aquello, se encogió de hombros y pasó al interior en seguimiento del grupo de hombres. El guardaespaldas que había amarrado los caballos quedó a la puerta vigilando, con las manos sobre las culatas de sus revólveres.

Al llegar al despacho del director, éste manipuló en los mandos de la caja y la abrió, al cabo de un minuto de silencioso trabajo. Los empleados y los guardianes de Brostein, y aun la hija de éste, no pudieron contener una leve exclamación de asombro al advertir que la caja estaba materialmente llena de billetes, monedas acuñadas, y saquitos con polvo de oro. Lo que había allí en aquellos momentos era quizá la fortuna particular más importante de Nevada.

—Quinientos mil dólares —susurró Johnson, el director del Farmer's Bank, pronunciando la cifra con una especie de religioso respeto—. Nada menos que quinientos mil dólares, míster Brostein.

El magnate se acercó a la caja y miró a su hija.

—¿Pero qué significa esto? —susurró Lorena—. ¿Hemos venido desde San Francisco tan sólo para contemplar el contenido de una caja fuerte? ¿Qué es lo que pretendes, padre?

—Todo esto es tuyo, Lorena.

Cualquier otra muchacha se hubiera desmayado ante semejantes palabras. Pero Lorena daba ya por descontado que todo lo de su padre pasaría a ser suyo un día u otro, por lo que no se impresionó. O pareció que no se impresionaba.

—¿Y qué necesidad tenías de entregármelo de esa manera?

—Es una pequeña venganza de que hago objeto al destino —sonrió Brostein—. Hace veinticinco años, cuando llegué al lugar donde ahora está edificado Kelben, me encontraba sin un dólar en el bolsillo y muerto de hambre. Tuve la suerte de hallar aquí un pequeño filón, un filón casi insignificante, resto de una mina agotada, pero que supe explotar yo solo. El dinero obtenido, y por el que di mis mejores años y mi sangre, me sirvió para obtener con otros negocios una respetable fortuna. Para mí es motivo de orgullo, al cumplir tú los veinte años, hacerte entrega de parte de ella en el mismo lugar donde cambió mi vida. Por eso hace un año dirigí una carta a míster Johnson anunciándole que en la fecha de hoy retiraría quinientos mil dólares de mis fondos. Y míster Johnson ha obrado muy acertadamente al separar cada mes una cantidad en vez de exponerse a solicitar esa fortuna de la central y que fuera transportada por los inseguros caminos de Nevada.

—Pero ahora tendremos que transportarla nosotros… —susurró Lorena.

—No toda. Sólo cien mil dólares que constituyen tu dote y que quiero depositar en tus manos. El resto quedará aquí. Además… —rió como celebrando él mismo el juego—, nadie sabe que en el Farmer's Bank se custodia hoy tanto dinero…

En ese momento cinco hombres que poco antes habían entrado en acción, llegaban al punto culminante de ésta. Habían empezado por levantarse y salir uno a uno del saloon, dirigiéndose Jeff y Laurent a una esquina del Banco, James y Lou a otra, y William Palmer directamente hacia la puerta que custodiaba el guardaespaldas de Brostein. Como todos iban bien vestidos no parecían abrigar ninguna clase de intenciones hostiles, el guardián, al principio, no sospechó.

Cuando Palmer, haciendo un rapidísimo movimiento con su diestra, le encañonó de forma tan discreta, que nadie desde la calle

lo advirtió, sus cuatro hombres, dos por cada lado, estaban ya tan cerca que el guardián se consideró hombre muerto. Y cuando en un movimiento desesperado, iba a desenfundar su revólver derecho, oyó la voz de Palmer:

—Puedes vivir aún. Nada te ocurrirá si callas.

El revólver estaba amartillado y apuntaba directamente a sus ojos. El guardián comprendió que nada ni nadie le salvaría si intentaba hacer algo que no fuera permanecer quieto.

Jeff se acercó más a él y le desarmó discretamente. Palmer abrió la puerta y pasó, seguido de sus hombres.

Sólo Jeff se quedó en la puerta, junto al guardián.

Y en ese momento Clive Burkam, montado en su nervioso caballo, penetraba por la Calle Mayor de Kelben.

Jeff clavó su revólver en la espalda del vigilante de modo que nadie lo advirtiera desde la calle. Esto fue relativamente fácil porque poca gente transitaba por la calzada a aquella hora de intenso sol y porque, a causa de ser domingo, buen número de hombres y mujeres se hallaban reunidos en un gran local vacío de las afueras, habilitado para templo.

Palmer, James, Lou y Laurent pasaron al interior, cerrando la puerta tras sí. Procuraron no hacer el menor ruido, y lo consiguieron. Los siete hombres y la mujer que se hallaban en el despacho de Johnson no se dieron cuenta de nada.

—Cuenta cien mil dólares con tus propias manos, Lorena —pidió Brostein— y considera que desde ahora podrás empezar a gastar sin limitaciones por mi parte, y administrarte a ti misma. Éste es mi regalo para tus veinte años, Lorena, además de… esto.

Extrajo de uno de sus bolsillos un estuche y lo abrió. Contenía una preciosa diadema de brillantes.

—¡Pe… pero si esto es…! —empezó a decir Lorena.

—Maravilloso, guapa —cortó una voz a su espalda—. Pero ahora mismo vas a regalarlo para obras de caridad.

Una mano enguantada se posó sobre el estuche, arrancándolo de los finos dedos de Lorena. Uno de los guardianes, el que estaba más próximo a ella, lanzó una maldición.

—¡Traidores!

Fue a «sacar» y en ese momento hizo fuego Laurent. La bala disparada con una mortal y fría precisión, penetró por debajo de la

mandíbula del guardián y le atravesó la cabeza. El hombre cayó pesadamente a tierra antes de haber logrado empuñar el arma.

Lorena lanzó un chillido de horror. Sus ojos dilatados contemplaron a los cuatro nombres. Cuatro rostros reflejando una fanática decisión y ocho revólveres en línea de tiro.

—¿Qué significa esto? —rugió Brostein—. ¿Quiénes son ustedes?

—Angelitos caídos del cielo, ya lo ve. Y basta de charla. Si quieren seguir viviendo colóquense de espaldas junto a esta pared y no hagan ningún gesto cuando mi amigo les desarme. Estamos decididos a acabar esto pronto y no nos importa un cadáver más o menos.

—¡Canallas! —barbotó Lorena—. ¡Miserables!

William Palmer la sujetó por la cintura, la acercó violentamente a él y le estampó un beso en la boca. Luego la arrojó violentamente contra una de las paredes, derribando una silla.

—¡Si vuelve a tocarla, le mataré…! —rugió Brostein—. ¡Le mataré con mis manos!

—Guarde su verborrea para otra ocasión, amigo. Ahora no le servirá de nada.

Los ojos de Brostein recorrieron entonces el grupo de pistoleros. Y terminaron Posándose atónitos en la figura de Lou.

—¡Tú eras jinete del *Poney* Exprés! —masculló—. ¡Se que docenas de veces habías transportado mis cartas!

—Exacto hermano —articuló Palmer—, de esas cartas se debe el que hoy nosotros más que cualquier habitante de Kelben. Por ella supimos lo que se preparaba para esta fecha y el dinero que iba a haber aquí. Lo hemos preparado todo minuciosamente y con una increíble anticipación. ¡Le guste o no, éste va a ser el golpe más provechoso de nuestra vida!

La atención de Palmer y sus hombres se había concentrado en Brostein, durante un momento. Uno de los guardianes decidió aprovecharlo para intentar una desesperada maniobra.

Había ido moviendo poco a poco su mano derecha y ahora la bajó de repente. Hizo un quiebro con la cintura y «sacó».

Tuvo entonces la sorpresa más increíble de su vida.

William Palmer, que debía adivinar los pensamientos de sus enemigos, había desviado uno de sus revólveres. Le estaba apuntando ya, mientras le miraba con el rabillo del ojo, cuando

«sacó». Y su balazo fue atravesado.

—Eso mismo ocurrirá a cualquier loco que intente cambiar las cosas —silbó Palmer—. No me gusta matar porque sí, pero no me gusta tampoco que mi trabajo fracase.

—¡Trabajo! ¿Llama «trabajo» a asesinar y a robar?

—¡Basta de palabrería! ¡Todos pegados contra la pared, incluso tú, mocosa…! ¡Desármales, Lou…! ¡Tú, James y tú, Laurent, id empaquetando la mercancía!

Ahora no quedó a todos más remedio que obedecer. Incluso Lorena, llorando de rabia, levantó las manos y las apoyó en la pared para demostrar que no llevaba ningún arma.

Los disparos se habían oído desde el exterior muy débilmente, debido a que el despacho del director, donde se produjeron, no tenía ventanas y sí tan sólo una claraboya en el techo. Jeff y el guardián, por supuesto, los oyeron con toda claridad. Pero desde el centro de la calzada, donde ahora los hombres habían improvisado un concierto de armónica, era posible que no se advirtiese nada.

CAPÍTULO II

Todo había sucedido con una rapidez increíble, con la rapidez de los golpes bien organizados y que han sido ensayados cien veces.

No habían transcurrido ni cinco minutos desde la entrada de Brostein en el Banco cuando los cinco atracadores ya habían terminado su tarea. Bien vestidos como iban, sin prisas, con aire indolente, montaron en sus caballos y se alejaron al trote, sin demostrar excesiva precaución, llevándose también al guardián que había quedado inmovilizado en la puerta.

Brostein, su hija, el director del Banco y todos los empleados estaban encerrados en uno de los despachos, más sólidos. Por mucho que gritaran, no se les oiría.

Precisamente en la puerta del Banco, cuando Brostein entró, el director había hecho poner el cartelito con «Closed» para que nadie les molestase durante la importante operación. Y el cartelito quedó allí, ofreciendo para los atracadores un seguro de huida.

Porque nadie iba a entrar, y por consiguiente nadie iba a descubrir lo sucedido, hasta mucho más tarde.

Clive Burkam, el hombre recién llegado a la población, no notó tampoco nada extraño. Fue a un hotel, pidió una habitación y se dio un largo baño, después del cual se afeitó cuidadosamente. Nada más lejos de su imaginación que lo que había sucedido a pocas yardas de distancia.

Luego, tras haberse cambiado también de ropa, salió a la calle.

Llevaba en uno de sus bolsillos una carta de crédito para el Farmer’s
Bank, con la cual esperaba obtener unos dólares para proseguir su viaje.

Cruzó la calle, se detuvo ante el establecimiento y vio el

cartelito con el «Closed».

—Es extraño —susurró.

Porque era hora de que el Banco estuviese abierto.

Un hombrecillo que regentaba uno de los más importantes almacenes de la ciudad, se acercó también.

Llevaba un maletín lleno de dinero y pensaba ingresarlo.

Quedó muy extrañado, al igual que Clive Burkam, al ver que aquello estaba cerrado.

—No lo entiendo… —murmuró—. Y de pronto miró al otro hombre. —Ah, hola, señor Burkam. Es sorprendente verle por aquí.

Clive Burkam quedó un poco sorprendido.

Pero sonrió amablemente mientras preguntaba:

—¿Me conoce?

—Leo todos los periódicos que llegan aquí, señor Burkam. Y usted ha aparecido varias veces retratado en ellos.

—No será por nada bueno.

—¡Oh, sí…! Dejó limpia la ciudad de Tucson durante el tiempo en que estuvo de comisario especial en ella.

—Entonces tenía el pulso más firme —reconoció Burkam—. Ahora estoy bajo de forma.

—Pero su fama es enorme.

—Desgraciadamente para mí.

—¿Por qué, señor Burkam?

—Porque todo el mundo quiere probar si es más rápido que yo. Y lo peor es que algunos ya empiezan a serlo.

—¿Pero es cierto que ha perdido facultades? ¡Usted es muy joven!

—Llevo demasiados años en este oficio, amigo mío. Y uno se gasta.

Volvió a mirar hacia la puerta del Banco.

—Es extraño que esté cerrado a estas horas.

—Sí, eso mismo decía yo.

—Quizá hagan balance y no quieren que nadie les moleste.

—De todos modos podríamos llamar.

Lo hicieron, golpeando con los nudillos en los cristales esmerilados. Pero nadie contestó.

El hombrecillo murmuró:

—Es extraño. Veo ahí los caballos de dos de los empleados.

—Es que tienen que estar dentro —murmuró Clive Burkam—. Posiblemente ocurra lo que hemos dicho antes; no querrán que nadie les moleste porque estarán haciendo balance. Pero no vamos a estarnos aquí toda la mañana.

—Llamaremos otra vez.

Lo hicieron, y en vista de que no obtenían respuesta, Clive Burkam empezó a pensar que algo extraño había sucedido.

Rompió los cristales con el puño y abrió el pestillo que había al otro lado.

Un par de personas más, atraídas por el ruido, se acercaron.

Todos entraron en el Banco, convenciéndose de que algo extraño había sucedido al percibir el leve humo de pólvora que flotaba en el pasillo.

Además oyeron golpes ahogados y gritos en uno de los dos despachos subterráneos que había en el local. Clive Burkam corrió hacia allí, seguido por los otros.

Y la primera persona a quien vio fue a Lorena Brostein.

Lorena, que cayó desmayada en sus brazos.

—Vaya… —murmuró Clive para sí mismo—. Me temo que me he quedado sin dinero, pero al menos tengo una compensación.

La muchacha paseaba lentamente por la habitación del hotel, con las manos unidas a la espalda. Tenía la barbilla hundida sobre el pecho y no parecía mirar a ninguna parte.

Clive Burkam, sentado en una de las butacas, junto a la ventana, la observaba en silencio.

Debía reconocer que, a lo largo de sus correrías, pocas mujeres había visto como aquélla. Lorena Brostein lo tenía todo: distinción, juventud, hermosura e incluso picardía. Porque cada uno de sus movimientos era una tentación para el hombre que la estuviese mirando.

El millonario, poco antes, había explicado todo lo sucedido. La fama de Clive Burkam como *sheriff* especial y como «pacificador» infalible, justificaba el que lo supiese todo. A continuación, Brostein había salido a contratar hombres para perseguir a los atracadores.

Clive Burkam y la muchacha estaban solos.

Al cabo de unos instantes de silencio, el joven murmuró:

—No creo que su padre tenga éxito, señorita. Es un esfuerzo completamente inútil.

—¿Cree que no podrá contratar hombres?

—Sí. Claro que podrá contratarlos… Pero esos granujas ya debían tener muy bien estudiada la ruta de escape, y un grupo de hombres organizado a toda prisa no los atrapará. Ésa es tarea de días, quizá de semanas. No se puede perseguir a esos hombres al buen
tun-tun.
Hay que tratar de adivinar sus intenciones para dar con ellos.

Lorena se sentó pensativamente.

Llevaba un ceñido vestido blanco que modelaba sus curvas. Cerró un momento los ojos con un gesto de pesadumbre.

Al abrirlos, miró a Clive Burkam con curiosidad.

—Usted trabaja por su cuenta, ¿no?

—Pues… en efecto.

—Le he oído nombrar mucho. Ha sido *sheriff* especial en varias ciudades donde nadie quería imponer la ley.

—Ése es mi trabajo.

—Dada su fama, le suponía mayor. Es usted un hombre extraordinariamente joven.

—No lo crea. Tengo veintisiete años.

—Eso es poco. Y además, cualquiera que le viese diría que tiene menos aún.

—Empecé en este trabajo cuando tenía dieciocho recién cumplidos. Entonces esto aún era peor que ahora. Las cosas empezaron a salir bien y adquirí cierta fama. Pero soy realista y sé que las dificultades cada vez resultarán mayores. Hay muchos que quieren enfrentarse conmigo, porque si me matan mi fama pasará a ellos. Y reconozco que algunos son ya casi tan rápidos como yo. Un día vacilaré una décima de segundo, tendré quizá el gatillo mal engrasado y… Pero prefiero no pensar en eso.

La muchacha seguía mirándole intensamente.

—Señor Burkam… ¿Por qué no le ha contratado a usted mi padre en lugar de salir a buscar hombres a la buena de Dios?

—Le he dicho al principio que estaba de vacaciones. Mejor dicho, voy a ver a mi madre, que vive más al norte. No quiero buscarme complicaciones ahora.

—Sin embargo, sólo usted podría dar con esos hombres.

—Si lo que pretende es ofrecerme ese trabajo, siento no poder

aceptarlo, señorita Brostein.

—¿Ni aunque el precio fuera tentador?

—Ni aunque fuera tentador, señorita Brostein.

Ella dejó caer las manos sobre su regazo, desalentada.

—Está bien, señor Burkam. Siento haberle importunado con mis palabras.

—No me ha importunado de ningún modo. Es lógico su interés por recuperar el dinero.

Guardaron unos momentos de silencio los dos. Clive Burkam, pensativamente, miraba a la muchacha con el rabillo del ojo.

Al fin murmuró:

—La veo apesadumbrada. Parece como si acabara de recibir un rudo golpe.

—Y lo he recibido, no trato de negarlo.

—Permítame, en ese caso, que le dé un consejo, aunque yo sea una persona que no tenga que ver con este asunto. Mi consejo es que no se preocupe tanto; no vale la pena.

—¿Por qué no?

—Según me ha contado su padre, iba a entregarle inmediatamente cien mil dólares.

—Así es.

—No debe preocuparse por esa suma. Su padre tiene mucho más. Repondrá el dinero en seguida.

Ella apretó los labios.

—No se trata de eso.

—¿Qué quiere decir?

—Yo fingía que no me impresionaban esos cien mil dólares. Voy a confesarle una cosa, señor Burkam, confiando en que guardará el secreto —murmuró—. Sí… Yo fingía que ese regalo no me importaba. Sin embargo, voy a confesarle una cosa, señor Burkam; necesito desesperadamente esa suma. La necesito como ninguna otra cosa en mi vida.

Clive Burkam, a pesar de ser un hombre que no se asombraba de nada, no pudo evitar esta vez abrir los ojos un poco más que de ordinario, con una mueca de perplejidad.

Conocía muy bien la fama de multimillonario de Brostein, y sabía que Lorena era su única hija, lo cual significaba lo mismo que su única heredera. Pensar que aquella chica pudiera ir tras el dinero

—que era lo único que le sobraba—, resultaba inconcebible.

Pero a pesar del asombro que sentía, procuró que su voz sonara normal al decir:

—No acabo de entenderla, señorita Brostein. ¿Para qué necesita usted ese dinero?

Y entonces ella dijo algo inconcebible, algo tan asombroso que dejó a Clive Burkam convertido poco menos que en una estatua de piedra.

—Lo necesito para ayudar a mi hija.

CAPÍTULO III

La dura y recia mano de Clive Burkam, acostumbrada a manejar las riendas y el revólver, trazó sobre el papel unas líneas con letra elegante y fina:

> Querida madre:
>
> «Comprendo tu decepción al no verme llegar en la fecha que habíamos previsto. Lo tenía todo dispuesto pajea no retrasarme ni un día, pero ha sucedido algo inesperado. Por razones que no puedo explicarte aquí, he tenido que aceptar un trabajo que me tendrá ocupado durante un mes aproximadamente. Luego te prometo que iré a verte.
>
> »Espero que me perdones y que tengas paciencia durante ese breve tiempo.
>
> »Te adjunto un billete de cien dólares.
>
> »Un abrazo muy fuerte de tu hijo
>
> »Clive».

Encerró la misiva en un sobre y escribió la dirección antes de entregarlo al mayoral de la diligencia.

—No olvides entregar eso en seguida, Joe.

—¿Cómo había de olvidarlo? Pero tu madre tendrá una decepción.

—Lo sé. Y cree que lo lamento tanto como ella.

Entregó el sobre y el importe del franqueo. Luego salió del saloon.

La ciudad entera andaba revuelta. Todo el mundo hablaba del atraco y de la dirección en que seguramente habrían huido los pistoleros.

Se hacían cábalas, conjeturas… No había hombre que no tuviera una opinión distinta de la opinión de los otros.

El alguacil encargado del orden de la ciudad se acercó a él.

—Hola, señor Burkam.

—Hola, Pete. Creí que habría salido en persecución de esos buitres.

—El señor Brostein ha organizado una tropa de gente bien pagada para ir tras sus huellas. Yo no he tenido más remedio que quedarme aquí, porque soy en la ciudad el representante del *sheriff* del condado, y he de guardar el orden. Pero con gusto hubiera salido con ellos. ¿Quiere fumar?

Clive aceptó el largo cigarro que el otro le daba y ambos encendieron calmosamente.

El alguacil musitó:

—No creo que los encuentren.

—Yo también estoy seguro de que no darán con ellos. Esos tipos tenían muy bien estudiada la ruta de escape. Para ellos era tan importante como el mismo atraco.

—A estas horas estarán ya muy lejos —dijo el alguacil, exhalando una columnita de humo.

—Y tan lejos. Nadie imagina cuánto… —susurró Clive.

Y se dirigió hacia el hotel.

* * *

Al establecimiento acababa de llegar un hombre ya mayor, de unos cincuenta años, con gafas y barbita negra. Montaba un cansado penco que parecía estar pidiendo a gritos la jubilación.

Se dirigió hacia el dueño, que estaba cerca de la puerta, y le dijo con voz poco segura:

—Quisiera una habitación. Voy a permanecer aquí un par de noches.

—¿De veras piensa quedarse en la ciudad?

—¿Y qué hay de malo en ello?

—Acaban de cometer un atraco. El ambiente está muy inseguro.

—¿Y eso a mí qué me importa?

—No he hecho más que avisarle. Por mi parte estaré encantado si se queda; me hacen falta clientes.

—Pues entonces traiga el libro y déjeme firmar. ¿Ah…? Y que se ocupen de mi caballo. El pobre se está muriendo de viejo.

El dueño del hotel lo miró desde la puerta.

—Tiene razón, señor. No creo que llegue a mañana.

—Pues usted procure que viva al menos un mes. Si mi caballo se muere, me pondré de muy mal genio.

El dueño del hotel miró la firma. En el libro se leía claramente: «Doctor Ezequiel Ranson».

Lanzó un silbido.

—¡Caramba…! Encantado de tenerle como huésped, doctor.

—¿Me conoce?

—Le he oído nombrar mucho. Hace usted unas operaciones asombrosas.

—No es para tanto…

—¿Ha venido a nuestra ciudad a trabajar?

—No… Estoy de paso. Me dirijo a San Francisco a un congreso médico de mi especialidad.

—Para mí es un honor tenerle aquí, doctor. Le daré la mejor habitación.

—No esperaba menos.

—Aquí tiene. La número dos. Dispone de un bonito balcón sobre la calle.

El recién venido emitió un gruñido de aprobación, tomó la llave y subió al piso superior llevando fuertemente asido su maletín negro.

Abrió la puerta y cerró cuidadosamente a su espalda.

La habitación era bonita. Le gustaba.

Exhaló un suspiro de satisfacción, y en aquel instante quedó paralizado al oír aquella voz a su derecha:

—Muy bien, Jeff. De modo que otra vez fingiéndote médico, ¿eh?

El interpelado hizo volar su mano derecha hacia el «Derringer» que guardaba en una funda axilar.

Pero la voz cortó en seco su movimiento.

—Es inútil, Jeff. No quieras jugarte la vida a una sola carta. Sabes que siempre seré más rápido que tú.

Jeff desistió de su intento.

Con voz espesa murmuró:

—¿Qué haces aquí, Clive Burkam?

—¿Y tú?

Jeff no contestó.

Se sabía acorralado, pero estaba atento por si se producía la menor oportunidad. El sueño de todos los pistoleros como él era liquidar a Clive Burkam. Y más en estas circunstancias, cuando el famoso *sheriff* especial podía estropearlo todo.

—Contestaré por ti —dijo Clive suavemente—. William Palmer, tu jefe, ha ideado un plan muy astuto para la huida. Sabía que un grupo llama la atención en todas partes, y que si seguíais juntos terminarían acorralándoos. Por eso ha dado a cada uno un disfraz y os habéis repartido por las diversas poblaciones del condado. Un buen procedimiento para que la gente pierda el tiempo por la llanura sin encontrar nada, ¿verdad?

—¿Cómo infiernos sabes eso?

—¿Olvidas que he sido *sheriff* especial en las peores poblaciones del Sudoeste? ¿Y que he aprendido todos los trucos?

—De todos modos no lo comprendo… No entiendo ni cómo sabías que iba a venir a esta habitación.

—Era fácil de deducir. Tienes todo el aspecto de un médico respetable. Estando libre la mejor pieza del hotel, era de suponer que te la cederían.

Retirando un momento %el cigarro que aún llevaba en los labios, Clive Burkam añadió:

—Conmigo no hace falta que disimules, muchacho. Puedes quitarte la barba postiza y las gafas.

Jeff obedeció, maldiciendo.

En lugar del rostro del respetable doctor, sus facciones aparecieron poco después como eran realmente. Como las de un granuja que se ganaba la vida con la peor cuadrilla del Sudoeste.

Clive Burkam se sentó frente a él.

Su rostro reflejaba una perfecta tranquilidad cuando dijo:

—Tú sabes que yo no quería perseguir a Palmer. En otras ocasiones he tenido que matar a algunos de sus hombres, pero

ahora había decidido olvidar por completo ese asunto. Incluso hubiera permitido que escapara con la mayor tranquilidad después de algún robo no demasiado grande. Pero esta vez habéis ido muy lejos, amigo mío. Habéis matado además de robar. La cantidad que lleváis encima es demasiado importante para vosotros.

—Yo… Yo no llevo ningún dinero. Todo lo tiene Palmer.

—Está bien, entonces dime otra cosa. ¿Dónde está Palmer?

—Tampoco me sacarás una palabra.

—¿Qué quieres? ¿Qué te entregue al alguacil?

—Sé que no lo harás.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Porque tú nunca has trabajado de acuerdo con la ley. Siempre has sido un lobo solitario, Burkam. Lo que harás será viajar conmigo por todo el Sudoeste hasta que me decida a hablar y te diga dónde están los otros.

Clive sonrió.

—¿Y eso te contiene, Jeff?

—Hagas lo que hagas, no hablaré.

Clive Burkam se puso en pie.

Dejó el cigarro dentro de un jarro donde había flores.

—Voy a darte una oportunidad, Jeff. Una oportunidad de cinco minutos. Serás el único del grupo que salve la piel si te decides a hablar. Pero tiene que ser precisamente ahora.

Dio unos pasos y añadió:

—Dime dónde puedo encontrar a Palmer. Sólo me las entenderé con él, y es posible que los otros miembros de la banda también puedan quedar libres, además de ti. Pero si te decides a callar, ten por seguro que emplearé otro lenguaje. Y será peor para todos.

Jeff sudaba copiosamente.

Sabía que Clive decía la verdad y que estaba dispuesto a cumplir su amenaza. Pero él no era manco y esperaba también una oportunidad.

Clive Burkam había cometido un error al no desarmarle.

De repente lo vio de espaldas. Se dio cuenta de que tenía que aprovechar aquel momento.

¡Ahora o nunca!

Su derecha se movió con velocidad fulgurante. Llegó a sacar el «Derringer».

Pero quedó atónito al ver a Clive contorsionarse, disparando por debajo de su brazo izquierdo. Lanzó un grito.

Fue lo último que hizo.

La bala le atravesó la frente y le hizo caer hacia atrás, quedando de nuevo sentado en la butaca.

Clive guardó el revólver lentamente.

No le gustaba haber tenido que hacer aquello, pero había sido un problema de vida o muerte.

Nunca creyó que Jeff cometería la tontería de tratar de defenderse. Creyó que se avendría a razones.

Abrió la puerta y descendió a la planta baja.

El dueño del hotel subía ya velozmente, con una mueca de incredulidad en el rostro.

—Señor Burkam… ¿Qué hace usted aquí? ¿Qué ha sucedido?

Clive siguió descendiendo, sin mirarle apenas.

—Lo siento por usted, pero creo que el módico a quien acababa de dar hospedaje se ha ido —dijo.

Y añadió:

—Sin pagar…

Capítulo IV

Brostein descendió de su caballo.

Se sentía malhumorado y lleno de desaliento. Por si eso fuera poco, él, tan elegante siempre, estaba cubierto de polvo.

Ordenó a sus hombres:

—¡Ya podéis dispersaros! ¡Esta noche venís todos a cobrar!

Los jinetes que le habían acompañado en una infernal galopada de veinticuatro horas de duración, se fueron apeando poco a poco.

A todos les dolían los huesos. Y lo que más les dolía era no haber conseguido nada.

Habían trabajado para el diablo. Todo un día de pasar calor y tragar polvo, total para no encontrar ni una maldita huella.

Brostein vio a Clive Burkam.

—Hola, Clive…

—Hola, señor Brostein.

—Venimos reventados y deshechos… ¡Total para nada! ¡No había ni una huella!

—Lo esperaba.

—¿Por qué lo esperaba, Clive?

—Palmer casi siempre emplea la misma táctica. Al huir de la ciudad donde han cometido un atraco, sus hombres atan a los caballos unas grandes escobas hechas con ramas, de modo que las vayan arrastrando por el suelo que acaban de pisar. Las huellas se esfuman, y a poco viento que haga hasta las señales de las ramas desaparecen. Por eso no han encontrado nada.

Brostein le miró con suspicacia.

—¿Por qué no me dijo eso antes de que partiéramos?

—De nada me hubiera servido advertirles. Simplemente, esperaba que tuviesen más suerte.

En aquel momento apareció Lorena.

Lorena no llevaba ya su vestido blanco, sino otro color amarillo limón que realzaba enloquecedoramente sus juveniles curvas.

Clive Burkam la miró con ojos entrecerrados.

¿Quién diablos había llegado a seducir a aquella maravilla de chica? ¡Y además tan joven! ¿Cómo había sido ella tan loca, teniéndolo todo, para entregarse a un hombre en aquellas condiciones?

Ella corrió por el porche.

—Papá…

—Siento darte malas noticias, Lorena. No hemos encontrado nada.

—¿Esos tipos han huido?

—Todos.

—Bueno, todos no… —corrigió la muchacha.

—¿Por qué dices eso?

—Clive Burkam mató a uno de ellos.

—¿Es posible?

—Y tan posible…

La muchacha explicó punto por punto lo que había sucedido en el hotel, y que ya era de dominio público en toda la población. Brostein la escuchaba con creciente mueca de asombro.

Al fin se volvió hacia Clive.

—¿Es cierto eso, señor Burkam?

—Usted mismo puede ver el cadáver.

—Pero eso significa… ¡Significa que los bandidos están repartidos por las poblaciones cercanas! ¡Podemos atraparlos!

—No es tan fácil, señor Brostein.

—¿Por qué?

—Los hombres de Palmer siempre han tenido entre ellos un código de señales muy completo. Yo no sé qué procedimiento pensaría emplear Jeff para indicar a sus compañeros que todo iba bien, pero sin duda tenían convenido enviarse algún mensaje. Al no haberlo recibido, los demás huirán.

—¿Pero por qué no intentamos dar una batida por las cercanías? ¡Quizá estamos perdiendo una magnífica ocasión!

—No se trata de cercanías, señor Brostein. Esos hombres estarán repartidos en una zona muy grande Será inútil intentar nada en

estos momentos.

—¿Entonces qué vamos a hacer?

—Por el momento, esperar y pensar… Hay que adivinar cuál es su plan y adelantarse a él.

—Usted siempre ha sido un tipo muy tranquilo, Clive. No se pone nervioso por nada.

—Quizá es que nunca me han dado un susto —dijo el joven tranquilamente—. Buenas noches, señor Brostein.

—¡Oiga!

—¿Qué hay?

—Esta mañana le he ofrecido la posibilidad de trabajar para mí.

—Y yo le he dicho que estaba de viaje. Que iba a ver a mi madre.

—Pero luego ha matado a un hombre. Eso cambia las cosas, Clive.

—Naturalmente que las cambia.

—¿Por qué no piensa mejor en mi oferta?

—Lo he pensado ya, señor Brostein. Voy a trabajar para usted, pero de un modo indirecto.

—¿Por qué? ¿Quién le ha contratado?

Clive dijo suavemente:

—Su hija…

* * *

El rancho estaba situado no lejos de la ciudad. Tenía unas magníficas tierras, agua abundante y unos pequeños rebaños que con el tiempo se transformarían en manadas que valdrían una fortuna. Daba la sensación, viendo aquello, de que hacer dinero no era difícil, contando con esos elementos.

Brostein lo señaló desde la colina.

—¿Eh? ¿Qué le parece?

Clive Burkam había entrecerrado los ojos.

—Magnífico, señor Brostein.

—¿Le gusta de veras?

—Siempre he soñado llegar a ser dueño de un sitio como éste.

—¿Y cómo no lo ha conseguido? ¿Es que no da dinero el oficio del revólver?

—Cuando se emplea a favor de la ley da muy poco dinero. Por

otra parte, yo no he sido lo que se llama un hombre ahorrador.

Brostein paseó sobre aquella tierra una orgullosa mirada de dueño satisfecho.

—Lo he comprado hace seis días.

—Antes de que le robaran, claro.

—Antes de que me robaran. Pasé por aquí, vi que estaba en venta, me interesó y lo compré en diez minutos. Hacía tiempo que deseaba algo semejante.

—Pero ustedes no podrán cultivar esto. Usted, además, nunca ha sido lo que se dice un ranchero.

—No. Me he dedicado más bien a la banca y a los negocios industriales. Pero también me gusta la tierra.

—Ésta necesitará cuidarla bien.

—Sí, ya sé.

—Es una zona de magníficas posibilidades, pero está algo abandonada. Deberá preocuparse de los abonos, del sistema de riegos y del cruce de razas en esos rebaños. Todo requiere tiempo.

—Veo que entiende bastante de todo eso, señor Burkam.

—De niño trabajé en un rancho. Me gano la vida desde los once años.

Los dos hombres descendieron la colina lentamente, al paso perezoso de sus caballos.

Clive susurró:

—Señor Brostein, si usted no va a cuidar esto, ¿quién lo cuidará?

—Eso es algo que aún tengo que decidir.

—¿Por qué lo ha comprado entonces?

—Se trata de un regalo.

—¿Un regalo para quién? ¿Para su hija?

—Ya lo verá.

Llegaron al edificio del rancho. Dos hombres que parecían montar guardia, provistos de rifles, saludaron respetuosamente al millonario.

Éste llamó a la puerta.

Una hermosa muchacha, que no parecía tener más allá de veinte años, abrió y lanzando un gritito de alegría, se arrojó en brazos de Brostein, besándole en la boca.

Clive Burkam, con unas facciones que parecían talladas en piedra, asistía impasible a aquella escena.

Nadie hubiera podido decir qué pensaba. Nadie hubiera sido capaz de adivinar cuáles eran sus sentimientos en este instante.

Cuando la mujer dejó de besarle, Brostein se volvió hacia él.

—Permita que le presente a esta señorita —dijo—. Es Karen, mi prometida. Para ella he comprado este rancho.

* * *

El caballo descendía rápidamente por la colina. Su jinete lo dominaba con habilidad, valiéndose de rápidos movimientos de las rodillas.

En un instante llegaría al rancho.

Clive arrugó un poco el ceño al ver que se trataba de una mujer. Y que esa mujer era precisamente Lorena, la hija de Brostein.

Venía sola.

También estaba Clive solo en el rancho, a excepción de los dos hombres que montaban guardia y de unos pocos cow-boy que iban organizando los primeros trabajos.

Lorena frenó el caballo y saltó ágilmente a tierra.

Ahora llevaba un vestido de amazona muy ceñido, el cual se ajustaba maravillosamente a sus formas. No usaba revólver.

Saludó a Clive con un gesto de su mano y se acercó a él.

—Hola, señor Burkam.

—Buenas tardes, Lorena. ¿Cómo es que viene sola?

—Me he decidido a dar un paseo. Al fin y al cabo el rancho está cerca de la ciudad, y me han dicho que mi padre había venido a enseñárselo a usted.

Miró en torno suyo y añadió:

—¿Dónde está él ahora?

—Ha ido a dar una vuelta… con su prometida. No creo que tarden, porque está anocheciendo ya.

—Sí… No creo que tarden.

—Pero ha cometido usted una imprudencia, Lorena.

—¿Por qué?

—Venir aquí sin protección ha podido costarle caro. Ni siquiera lleva revólver.

—¿Por qué dice eso? ¿Quién iba a meterse conmigo?

En estas tierras cualquier cosa puede suceder.

Ella le miró con ojos sorprendidos, mientras en sus labios flotaba una sonrisa.

—No sea usted alarmista, señor Burkam. Como toda la vida se la ha pasado persiguiendo bandidos, ya cree que éstos están en todas partes.

—Es que están en todas partes, señorita Brostein. ¿No quiere pasar? Al fin y al cabo, esta casa es suya.

—Mía no. De la prometida de mi padre.

Lanzó una carcajada y entró.

El edificio estaba siendo restaurado por unos cuantos hombres que en aquellos momentos ya habían abandonado su trabajo. No habían podido hacer gran cosa en tan pocos días, pero se adivinaba que allí se viviría rodeado de lujos en cuanto el trabajo de restauración estuviera terminado, y los muebles lo ocupasen todo. No, no era mal regalo el que Brostein acababa de hacer a su flamante prometida.

Lorena parecía estar adivinando sus pensamientos cuando susurró:

—¿Le gusta?

—Mucho. Pero sobre todo me gusta por las tierras, que son magníficas y de grandes posibilidades. Con ellas se pueden conseguir maravillas. Sería una lástima que las desaprovechasen y no las cultivaran bien.

—Pues, con franqueza, me temo que eso es lo que va a ocurrir. Aquí mandará un capataz, y Karen, la dueña, sólo se acercará por este lugar cuando quiera disfrutar de una temporada de campo.

—Así no se cuida una tierra.

—En eso le doy la razón, Clive. Pero es un buen regalo, ¿eh?

—Magnífico.

—¿Qué le ha parecido Karen?

Clive se mordió el labio inferior antes de decir inexpresivamente:

—No acostumbro a opinar sobre cosas que no son de mi incumbencia.

—Pero al menos habrá pensando que es muy joven, ¿verdad?

—Quizá demasiado joven.

—Las dos nos educamos juntas en un colegio de Washington. Tiene mi misma edad.

—De modo que una compañera de colegio…
—Y es mi mejor amiga.
—Ya.
—Sé lo que está usted pensando, Clive.
—No, yo no pienso nada…
—Se está usted diciendo que ella es demasiado joven para mi padre. Casi una niña.
—Bueno, tal vez sí. Pero repito que ese asunto no es de mi incumbencia.
Lorena dio unos pasos por la habitación, balanceando sin darse cuenta sus magníficas caderas. Aquellas ropas diabólicas ceñidas eran una tentación que hubiesen enturbiado los ojos de cualquier hombre. Clive procuraba no mirarla.
—Mi padre es viudo desde hace muchos años —dijo Lorena pensativamente—. Durante la mayor parte de su vida sólo le ha preocupado una cosa: ganar dinero. Su ambición estaba en ser más y más rico cada vez. Al fin se ha dado cuenta de que es malo estar solo.
Se sentó en uno de los peldaños de las escaleras que llevaban al piso superior.
—Si mi padre se hubiera casado hace años, la cosa hubiese resultado normal —murmuró—. Pero ahora no obra bien. Por el hecho de que tiene dinero, cree que puede conseguir una jovencita… Nada menos que una muchacha de la edad de su propia hija. Yo creo que las bodas de esa clase son antinaturales.
—Si cree eso, ¿por qué no se opone usted?
—Ya le he dicho que Karen es mi mejor amiga.
—Ésa no es razón.
—En este caso, sí. Quisiera que me entendiese. Mi padre conoció a Karen cuando fue a retirarme del colegio. Los padres de Karen habían muerto, y ella estaba recogida allí poco menos que por caridad. Ya que había sido alumna desde su niñez, no podían expulsarla ahora, en los momentos de infortunio. Pero una vez terminados los estudios, no sabía adonde ir. Fui yo la que supliqué a mi padre que la tuviéramos recogida en casa.
—Comprendo.
Lorena cruzó las piernas y, balanceando una de ellas, continuó:
—Al cabo de un tiempo me di cuenta de que las cosas

marchaban por un camino inesperado. Mejor dicho, fue la propia Karen la que me lo confesó.

—¿Qué le dijo?

—Que mi padre había empezado a mirarla de una forma extraña; no como a la amiga de su hija, sino como a una mujer que podía despertar las mayores pasiones. Y que, después de muchos circunloquios, había terminado por pedirla en matrimonio. Karen no sabía qué hacer, y por eso me pedía consejo. Su sinceridad era absoluta; ella haría lo que yo le dijese.

—Y usted no se opuso…

—No. ¿Cómo iba a oponerme? En primer lugar, Karen se portaba noblemente al contármelo todo antes de que sucediese algo importante. En segundo lugar, ella era mi mejor amiga, de la que no quería separarme. El hecho de que ella pudiera llegar a ser mi madrastra me hacía muchísima gracia y, ¿por qué no? Me ilusionaba. Además, si Karen se iba de nuestro lado, ¿qué podía ser de ella?

Clive Burkam entendía todo aquello perfectamente.

Se hacía cargo de las razones de la muchacha, y se decía que en aquellas circunstancias hubiera resultado difícil obrar de una manera distinta.

—… Y el noviazgo se formalizó —dijo.

—Sí… Al principio con mucha timidez. Delante mío ni siquiera hablaban de casarse. Luego todo aquello les fue pareciendo más natural cada vez, y yo diría que llegaron a olvidarse de la diferencia de edad. Al fin mi padre, cuando fijaron la fecha de la boda, decidió regalarle este rancho.

—¿Por qué?

—Mi padre es muy rico, y cuando él muera parte de su fortuna pasará a Karen. Pero podía darse el caso de que a él le ocurriera algo sin llegar a casarse, porque todos sabemos lo peligrosa que es esta tierra. Ésa fue la razón de que decidiera dejarle a ella una propiedad que, como mínimo, garantizaba su vida.

Clive paseó su mirada por el interior del edificio.

—Me parece magnífico —dijo—. Y espero que su padre sea muy feliz.

—Eso creo —susurró la muchacha—. Y me imagino que una era de paz empezará ahora para todos nosotros.

No había acabado de decir eso, no había hecho más que pronunciar la palabra «paz» cuando dos secos disparos retumbaron junto a la puerta.

CAPÍTULO V

Clive Burkam sacó instantáneamente el revólver, volviéndose hacia la entrada, pero ya era tarde.

La puerta se había abierto. Un hombre con un rifle le encañonaba desde el umbral.

Clive parpadeó.

No tenía la menor probabilidad de salir con vida de aquello, en el caso de intentar resistir. De modo que soltó el revólver antes de que se lo mandaran.

El del rifle sonrió. —Así me gusta… Buen muchacho—. ¿Quién eres? —¿Es que no me conoces?

Clive pasó revista a sus recuerdos, pero aquel rostro no había dejado huella en su memoria.

—Lo siento —dijo—. No me acuerdo de ti. —Cierta vez me metiste en la cárcel. Fue en Kansas—. No me extraña. He metido en la cárcel a tantos granujas que me es imposible recordarlos a todos.

—Pues es seguro que esta vez te acordarás de mí.

Clive se daba cuenta de que aquel tipo era terriblemente peligroso. No hubiera llegado hasta allí caso de no tener la intención de matar. ¿Pero qué infiernos se había hecho, entretanto, de los dos guardianes de Brostein?

—Ahí fuera había dos hombres —dijo. El del rifle abrió un poco más la puerta, mientras reía sarcásticamente.

Clive Burkam vio entonces a los dos centinelas.

Ambos estaban en el suelo, atravesados por la espalda. Otro desconocido se hallaba junto a ellos, empuñando un rifle. Sin duda era compañero del que acababa de entrar.

La situación era, pues, más grave aún.

Clive susurró:

—Los habéis matado a traición…

—Siempre le pueden matar a uno a traición si no sabe vigilar bien —dijo su enemigo—. Esos tipos eran simples aficionados. Pura carroña que sólo servía para morir.

El joven tragó saliva.

Miraba con el rabillo del ojo a Lorena, que no se había movido de donde estaba.

No temía por él, sino por la chica. En aquellas circunstancias, cualquier cosa podía suceder.

—¿A qué habéis venido? —murmuró.

—Tú has matado a Jeff…

—¿Y qué? Vosotros no pertenecéis a la banda de William Palmer. ¿Qué os importa lo que a Jeff le haya podido suceder?

—Era amigo nuestro. Trabajamos juntos durante años.

—¡Vaya…!

Clive Burkam trataba de mostrarse despreocupado, pero todos sus nervios estaban en tensión.

—Te hemos estado siguiendo durante todo el día, hasta encontrar una ocasión favorable. Y esa ocasión ha llegado, amigo.

Clive Burkam sabía lo que iba a suceder.

Era la clásica venganza, la venganza rápida, certera, implacable. Algo que en el Oeste se había convertido en verdadera ley.

Tenía que defender su piel. Allí sobraban todas las palabras.

—¿Qué vais a hacer con ella? —preguntó sin embargo, señalando con el mentón hacia Lorena.

Se daba cuenta de que la muchacha estaba aterrorizada.

Incapaz de reaccionar ante aquella situación que no conocía, era como una niña indefensa a la que resulta demasiado fácil matar.

El de la puerta masculló:

—Es hija de Brostein, ¿verdad?

—Sí.

—Muy bonita.

—Si… Muy bonita.

—Nos la llevaremos con nosotros. Y que Brostein no se preocupe, porque ella ya aparecerá.

Clive volvió a tragar saliva.

Ya no se trataba solamente de luchar por su vida. Tenía que salvar a Lorena fuese como fuese…

Murmuró:

—Bueno, eso no va a resultaros fácil… ¿No?

El del rifle emitió una risita breve. Miró de soslayo a su compañero, sin abandonar la vigilancia.

—Mira lo que dice ése, Clark…

Apretó el gatillo, pero medio segundo antes Clive ya había saltado hacia un lado de la puerta.

El hecho de que su principal enemigo hubiera desviado levísimamente la mirada, para hablar con el otro, resultaba suficiente para él. La bala rasgó el aire y fue a desconchar estrepitosamente una de las paredes.

Los dos hombres lanzaron un rugido a la vez.

Clive no llevaba revólver, porque había tenido que soltarlo cuando su enemigo apareció. La única arma de que ahora disponía era el puñal de hoja corta que siempre llevaba remetido en la caña de su bota derecha.

Todo dependía de su rapidez. Se contorsionó con la agilidad de un atleta.

La segunda bala le rozó la cadera, cuando él lanzaba su cuchillo.

El del rifle recibió la hoja de acero en mitad del pecho y lanzó un alarido mientras soltaba el arma para arrancarse el puñal con las dos manos. Su compañero, mientras tanto, que se había quedado vigiando el exterior, corría hacia la puerta a paso de carga.

Cuando llegó al umbral, Clive ya había recuperado su revólver. Estaba en el suelo, alzando el brazo derecho a cuyo final se hallaba el «Colt».

Los dos hombres se miraron
a' los
ojos durante unas décimas de segundo.

Matar o morir. La vieja ley del Oeste parecía palpitar en sus ojos.

La bala de Clive hizo volar la cabeza de su enemigo antes de que éste disparara. Un revólver siempre es más eficaz para luchar dentro de una habitación. Vio caer a su adversario hacia atrás, mientras el otro conseguía arrancarse el cuchillo, pero sufriendo un espasmo. La hoja de acero le había llegado hasta el corazón. Dio media vuelta, girando sobre los tacones de sus botas, y se derrumbó con un sordo gemido.

Clive se secó lentamente las gotitas de sudor que habían aparecido en sus sienes.

Sus dos enemigos estaban muertos, pero aún no podía creerlo. Se volvió hacia Lorena.

La muchacha temblaba espasmódicamente.

Había sentido la muerte tan cerca que le resultaba difícil creer que todo estaba resuelto y que iba a seguir viviendo.

Clive notaba su terrible tensión nerviosa.

—Grite si eso ha de desahogarla —murmuró—. Es peor que se quede temblando de ese modo.

—¡Dios mío…!

—No mire esos cadáveres. Inmediatamente los sacaré fuera.

Así lo hizo, procurando no manchar de sangre el suelo. Los dejó en el exterior y volvió a entrar, cerrando la puerta.

Vio que Lorena estaba llorando espasmódicamente.

Violentos estremecimientos recorrían su cuerpo.

—Cálmese… Todo ha pasado ya. Debe acostumbrarse a estas situaciones si piensa seguir viviendo en el Oeste.

—No quiero vivir aquí… Esta tierra está maldita… ¡Me marcharé de ella! ¡Me iré cuanto antes!

—Lo comprendo muy bien. Y no seré yo quien se lo reproche.

Como ella aún seguía sentada en uno de los peldaños, la tomó por los hombros y la ayudó a ponerse en pie.

—Vamos, Lorena… Debe calmarse…

Inesperadamente, ella se arrojó en sus brazos. Lo hizo como una niña que busca consuelo. No hubo la menor picardía, la menor intención en su gesto.

Clive sentía apretándose contra él el pecho de la muchacha, sacudido por los estremecimientos.

Los brazos femeninos se habían enroscado en torno a sus hombros.

Le apretaban fuerte, con una extraña, con una increíble fuerza.

Todo el cuerpo de Lorena se pegaba al suyo.

¿Fue aquel contacto lo que hizo cambiar algo en los pensamientos de la muchacha? ¿Lo que hizo despertar su naturaleza? ¿Lo que hizo que sus labios temblaran de una forma distinta?

De repente, Lorena pareció tener conciencia de aquella

situación. Pareció darse cuenta de que estaba abrazada a Clive.

El joven lo notó por la brusca tensión de su cuerpo.

Y a partir de aquel momento Lorena podía hacer dos cosas: separarse de él o continuar unida, pero ya con otro pensamiento.

Continuó unida.

Su cabeza se alzó lentamente y sus labios temblaron a unos milímetros de los labios del hombre.

—Clive…

Su voz era susurrante, caliente, espesa.

Era la voz de una mujer cuyo aliento quema, cuya sangre se va cargando de pasión poco a poco, hasta que la tensión se hace irresistible, hasta que todas las fibras de su cuerpo piden la presencia del hombre.

Y ahora el hombre estaba allí. Quieto. Mirándola.

—Clive…

Lorena no pudo resistirlo más. Buscó sus labios.

Y entonces fue cuando Clive la rechazó bruscamente, casi con brutalidad, empujándola hacia atrás y dejándola a dos pasos de distancia.

Ella le miraba atónita.

—¿Qué te ocurre?

—No me ocurre nada, Lorena. O, mejor dicho, sí. Una cosa muy sencilla. —¿Qué es?—. Nunca he admitido mujeres de segunda mano.

La frase pareció resonar como una bofetada en el rostro de Lorena. Ésta palideció intensamente, mientras echaba la cabeza hacia atrás.

Durante unos momentos pareció incapaz de hablar.

—No debiste haber dicho eso, Clive —murmuró al final, con voz espesa.

El se encogió de hombros.

—Tú tienes una hija —murmuró.

—Sí.

—Lo siento por los dos. Por ti y por mí.

Dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta.

No quería pensar más en aquello, no quería seguir prestando atención al pensamiento que le torturaba.

Algo en que ya había pensado muchas veces, desde que conoció

a Lorena.

¿Quién había podido conseguirla…? ¿Quién había destruido su virginidad, convirtiéndola en una mujer que ya lo sabía todo en la vida?

El pensamiento lo martilleaba una y mil veces, lo torturaba hasta volverle loco.

¿Quién? ¿Quién? ¿Quién?

Era inútil querer alejar aquella idea. Sabía que si en aquel momento tuviera delante al hombre que por primera vez había arrancado un suspiro de placer de la boca de Lorena, lo mataría con sus propias manos.

Odiaba a aquella muchacha con toda su alma.

La odiaba porque nunca podría ser suya, porque siempre entre los dos sé interpondría la sombra del desconocido, la sombra del otro.

Ella le llamó:

—¡Clive!

Pero Clive no hizo caso. Simuló no haber oído aquella voz desgarrada y tensa.

Atravesó la puerta y vio entonces las siluetas de dos personas que se acercaban a la casa. Las siluetas de Brostein y de su prometida, la joven Karen.

Los dos debían haber oído los disparos y regresaban a toda prisa al rancho.

Clive cerró bruscamente la puerta.

CAPÍTULO VI

Brostein se mostró asombrado al ver los cadáveres.

Era un hombre que estaba habituado a las escenas de violencia, pero le impresionó encontrar aquellos muertos en el rancho que acababa de comprar. Y le impresionó, sobre todo, pensar que la víctima podía haber sido su propia hija.

Karen también estaba asombrada.

Miraba los cuatro cuerpos como si no acabara de creerlo. Sobre todo los de los dos pistoleros desconocidos.

Brostein balbució:

—Hemos oído los disparos y hemos venido a toda prisa. ¿Qué ha ocurrido?

—Algo muy sencillo. Esos dos tipos querían vengar a Jeff.

Y explicó con pocas palabras lo que había ocurrido y hasta qué punto Lorena y él estuvieron a punto de perder la piel. Brostein le escuchaba sin despegar los labios.

Al fin balbució:

—¡Dios santo…! No estamos seguros aquí. Este lugar es más peligroso de lo que nunca pude imaginar.

—Lo es por culpa mía —dijo Clive.

—¿Cómo? ¿Qué trata de insinuar?

—Muy sencillo; yo no debí meterme en esto. Y usted debió aceptar la pérdida de su dinero y no tratar de buscar las cosquillas a la banda de William Palmer. Este quizá no le hubiese molestado nunca más. Pero yo maté a Jeff, y ahora la guerra está declarada. No nos dejarán en paz, y repito que ha sido culpa mía.

Brostein balbució:

—No puedo culparle a usted, señor Burkam.

—Yo sé que hice mal. Debimos dejar las cosas como estaban.

—¿Pretende irse ahora?

—No. Ahora ya no puede ser. Es demasiado tarde.

Brostein reflexionó durante unos minutos.

—Hemos de dejar por el momento este rancho —murmuró al fin—. Veo que es un sitio demasiado vulnerable.

—De acuerdo. Volvamos a la población, pero no en grupo —opinó Clive—. Será mejor que regresemos allí en dos turnos.

—De acuerdo. Usted acompañe a Lorena. Karen y yo regresaremos poco más tarde.

Clive miró a la hermosa mujer. Le parecía increíble que ella, tan perfecta y tan joven, pudiera llegar a ser un día la esposa de un hombre tan maduro como Brostein. Pero la vida era así, y no había que darle vueltas. El dinero, para algunas mujeres, tenía un atractivo tan irresistible que les hacía olvidar todo lo demás. Si Karen era feliz casándose con Brostein ¿qué le importaban sus asuntos a nadie?

Inesperadamente, ella le tendió la mano.

—Le estoy muy agradecida, Clive.

—¿Por qué?

—Ha salvado a Lorena. ¿Le parece poco?

—No tiene importancia. Era mi deber.

—Pero para mí es algo muy importante —susurró Karen—. ¿Le ha dicho Lorena que ella es mi mejor amiga?

—Sí. Me ha hablado de eso.

—Imagine lo que yo hubiera sentido si al llegar aquí la encuentro muerta.

—Me hago cargo, pero no me dé las gracias.

Y le estrechó las manos.

Karen llevaba finos guantes de seda.

Clive le había estrechado la mano con tanta fuerza, llevado de la rudeza que era habitual en los hombres del Oeste, que al retirarla tiró del guante sin darse cuenta.

Vio la palma de la mano de Karen. Era una mano de piel fina, suave y delicada. En ella había un pequeño y gracioso lunar.

—Perdone —dijo—. Los vaqueros no nos damos cuenta y siempre apretamos demasiado al dar la mano a alguien.

—No tiene importancia.

—Pero no debería usted usar guantes.

—¿Por qué no?

—Tiene unas manos muy finas y de una piel deliciosa —dijo Clive—. Y ese lunar es graciosísimo; yo creo que no debería ocultarlo. —Con una sonrisa añadió—: Espero que no tome a mal esta galantería. He dicho la verdad, pero de ningún modo quisiera ofenderla.

—Usted es de esos hombres que no ofenden, Clive —dijo cortésmente ella. Y añadió con un deje de picardía en la voz—: ¿Le gusta mi lunar?

—Es muy gracioso.

—Seguiré su consejo y me quitaré los guantes —rió ella.

Brostein meneó la cabeza.

No parecía haberle gustado demasiado aquella conversación.

Se puso materialmente entre los dos y dijo:

—Sera mejor que acompañe cuanto antes a Lorena, señor Burkam. Cuanto más haya cerrado la noche, más peligroso será.

—Tiene razón.

Miró a la muchacha.

—¿Vieres, Lorena?

—Ahora mismo.

Los dos se dirigieron a la puerta. Una vez en ella, Clive se volvió hacia Brostein.

—Creo que debería avisar al empresario de pompas fúnebres —dijo—. Hará falta retirar estos cadáveres como máximo mañana al amanecer.

—Hágalo No repare en gastos, Clive. Yo correré coa le que sea.

—De acuerdo. Todo el mundo sabe que tiene usted muchos millones, señor Brostein. Que puede comprar lo que quiera.

Y salió.

Brostein refunfuñó:

—¿Qué habrá querido decir?

Karen estaba quieta. Miraba su propio cuerpo.

—Creo que yo lo comprendo… —susurró—. Pero no me preguntes ahora.

Y se dirigió a las escaleras, subiendo hacia el piso superior.

* * *

Mientras montaban en los caballos, Lorena susurró:

—No debiste decir eso, Clive.

—¿A qué te refieres?

—A lo de que mi padre tiene dinero para comprar lo que quiera. Habrá entendido que te referías a Karen.

—Lo siento. Lo he dicho impulsivamente, casi sin darme cuenta.

—Mi padre es muy suspicaz. Ya sé que no dependes de él y que te importa poco, pero a mí me sabe muy mal que le ofendan.

—Perdóname.

Partieron al trote, muy cerca uno del otro.

—Ya te he contado lo ocurrido —murmuró Lorena—. En cierto modo soy yo la responsable de ese noviazgo.

—Por favor, Lorena, olvídalo.

—Tú también deberías olvidar otra cosa.

—¿Qué?

—Lo que has estado pensando. Esa condenada idea que te atormenta y no te deja vivir.

El simuló no comprenderla. Rió silenciosamente, haciéndose el desentendido.

—¿A qué idea te refieres?

—Has estado pensando en mi hija.

—No…

—Bueno, quizá no me haya expresado bien. No has estado pensando en mi hija, sino en el hombre que es su padre.

Clive se mordió el labio inferior.

Había desviado la mirada. Aquella penetración de la mujer, que parecía adivinar sus más íntimos pensamientos, le desorientaban por completo.

—¿Verdad que pensabas en eso, Clive?

—Tal vez sí, pero ¿qué importa ahora?

—A mí sí que me importa.

—¿Por qué?

—Porque me has rechazado a causa de ese pensamiento.

Clive mantenía apartada la cabeza. No quería mirar a la mujer, no deseaba ver el brillo de sus ojos.

Oyó su propia voz como si surgiera de la garganta de otra persona.

—Es que no lo comprendo, Lorena.

—¿Qué es lo que no comprendes?

—Él que te entregases a un hombre.

—Si lo hice fue porque me gustaba.

—¡Galla!

La frase había herido a Clive. Había sido como un arañazo en pleno rostro.

—Te duele, ¿verdad?

—No quiero pensar en eso.

—Sin embargo, ese hombre no me obligó.

—Eso es lo que no entiendo. Y a veces siento deseos de golpearte, Lorena. De destrozar a puñetazos tu hermosa cara de muñeca.

—Eso es porque me quieres.

El joven no contestó.

Sólo sentía que respiraba agitadamente y que algo le hacía daño dentro del pecho.

—Tú tienes belleza, juventud, dinero… Tú lo tienes todo —dijo —. ¿Qué tenía, en cambio, el hombre que te hizo suya?

—Una mujer es incapaz de contestar a eso, Clive.

—¿Por qué?

—Ya sabes que el amor de las mujeres no tiene lógica.

—Al menos dime el nombre de ese tipo.

Lorena vaciló unos momentos. Se adelantó unas yardas, echando la cabeza hacia atrás. Parecía horriblemente indecisa.

—Será mejor que no te lo diga —balbució.

—¿Temes que lo mate?

—Sí, eso es justamente lo que temo. Que le claves un balazo entre las cejas en cuanto te lo eches a la cara.

Clive se mordió los labios desesperadamente. ¡Claro que le hubiera gustado hacer eso! ¡Claro que le hubiese gustado acabar con un tipo a quien no conocía, pero al que ya consideraba un perro…!

De todos modos se dominó. —Juro que no le mataré— dijo. —¿Lo juras?—. Ya me lo has oído.

—Bueno, en tal caso te lo diré… Ese hombre se llama Calvert.

—No lo he oído nombrar nunca.

—Es extraño, porque también vive de su gatillo.

—¡Repito que no lo he oído nombrar nunca!

—Está bien, no te pongas así… Quizá se deba a que él siempre

ha trabajado en el Norte. Ésa tiene que ser la razón.

—¿Y la niña?

—La niña se llama Vicky.

—¿Y para qué querías cien mil dólares?

—Como comprenderás, no puedo tener a la pequeña cerca de mí. Es terrible, pero debo atenerme a las realidades, y no añadir a un mal que ya está hecho otro que aún podría ser mayor. Mi padre se volvería loco si supiera lo ocurrido.

—Eso significa que has decidido separarte de la pequeña.

—Sí, pero con las debidas garantías para ella. Hay una institución de enseñanza donde la cuidarán y educarán escrupulosamente hasta que tenga dieciocho años. Ahora bien, esas cosas son caras. Necesito ochenta mil dólares, más veinte mil que quería reservarle para una dote.

—Por eso, cuando tu padre dijo que quería regalarme cien mil machacantes viste el cielo abierto, aun fingiendo la mayor indiferencia. Pero entonces se presentó Palmer y… ¡Paf! Todo al agua.

—Has descrito la situación con mucha exactitud, Clive.

—Pues lo siento, pero dudo que recuperes esos cien mil, Lorena. ¿Dónde está la pequeña?

—¿Conoces la población de Springs?

—Sí. Está cerca de aquí.

—Unos vecinos cuidan de ella.

—Me gustaría conocerla.

—¿Por qué?

—No lo sé… Quizá sienta el oscuro deseo de aumentar aún más el dolor que siento ahora. Quizá necesite convencerme de que esto no tiene remedio, de que esa chiquilla existe de verdad.

—¡Claro que existe!

Y ante el silencio de Clive, añadió:

—¿De veras quieres verla?

—No, déjalo… Era una tontería.

—Está cerca…

—Pero tu padre se enterará si nos desviamos.

—El no sabrá nada. Estará en otro hotel. Podemos disponer de toda la noche, Clive.

El tragó saliva.

«Toda la noche…». No podía negar que aquella muchacha era inquietante. Era una explosiva mezcla de inocencia, de pasión y de dulzura. A cada momento parecía como si se estuviera ofreciendo y, sin embargo, la sentía infinitamente lejos. Además, Lorena tenía ya una hija.

Una hija de un tipo llamado Calvert que la había besado cuanto quiso, que la hizo suya más de una vez…

Notó que la muchacha desviaba su caballo.

Y se dirigieron a la población de Springs, que estaba situada a unas doce millas más al oeste.

Capítulo VII

Springs era un lugar pequeño y polvoriento. Pese a su hermoso nombre («Primavera») la verdad era que allí sólo había dos estaciones. De primavera, ni hablar.

Pero resultaba un lugar muy apto para tener allí a una pequeña sin llamar demasiado la atención.

Por Springs pasaba poca gente, y era difícil que alguien del exterior de la ciudad se enterase de lo que sucedía en ésta.

En el centro de la calle principal había un saloon. Era un lugar pequeño y sin escenario. Tampoco había chicas. Allí sólo se podía beber una copa y largarse cuanto antes.

Clive preguntó:

—¿Dónde tienes a la pequeña?

—Al otro lado de la ciudad. Es en casa de una maestra rural. Por cierto…, tengo una sed horrible.

—Se te ha secado la boca durante el tiroteo, ¿no?

—Aún me parece notar el sabor a pólvora.

—Eso tiene fácil solución. Supongo que en ese saloon tendrán cerveza fresca.

—No les puede faltar.

Clive hizo una exagerada reverencia, inclinándose sobre la silla de su caballo.

—Tengo el honor de invitarle a una jarra.

—Y yo tengo el honor de aceptar.

Los dos rieron.

Parecía haberse roto el clima de recelo, de dolor, que pesaba entre ambos minutos antes.

Entraron en el local y se acercaron a la barra.

Allí no había más que tres hombres. El dueño contempló con

admiración la tentadora figura de Lorena.

—¿Qué desean?

—Dos jarras de cerveza. Grandes y bien frías.

—En seguida.

Se las sirvieron al instante. Los dos chocaron las jarras y bebieron mirándose a los ojos.

¿Por qué Clive se sentía casi feliz en aquel instante? ¿Por qué había llegado a olvidar incluso que otro hombre poseyó antes a Lorena, y que su sombra les separaría siempre?

Pero esa ilusión duró poco.

Porque una voz dijo a su espalda lentamente, arrastrando las palabras:

—Magnífico, Lorena. Veo que has hecho grandes amistades desde que nos separamos…

* * *

Clive Burkam se volvió.

El hombre que se había acercado a la barra, sosteniendo también en la derecha una jarra de cerveza, era alto y joven. No podía negarse, además, que resultaba atractivo. Tenía los cabellos profundamente negros, y los ojos del mismo color. Un bigote muy fino le recorría la comisura de los labios. En ciertos aspectos parecía un poco afectado, incluso un poco petimetre, pero en otros no. Se le notaba lleno de impulso viril, de violencia contenida. Y además bastaba mirarle un momento para darse cuenta de que era un verdadero atleta.

Los dos se miraron a los ojos.

Y luego el desconocido hizo algo que, al parecer, no tenía la menor importancia.

Dejó distraídamente la jarra de cerveza que sostenía con la mano derecha, depositándola sobre el mostrador.

Y un momento después la volvió a tomar, pero ahora con la mano izquierda.

Necesitaba tener la derecha libre. Era todo un aviso para Clive.

Éste miró a Lorena y vio que la muchacha estaba muy pálida.

—Sí, grandes amistades… —dijo el desconocido, riendo—. Vuestro brindis sin palabras, mirándoos fijamente a los ojos, ha resultado sencillamente conmovedor.

Clive tenía los labios apretados.
Con un soplo de voz dijo:
—Sólo faltaría que ahora me dijeras una cosa, Lorena.
—¿Qué?
—Que este tipo se llama Calvert.
—Pues…, pues sí… Se llama Calvert.
—¡Vaya…!
Clive lo midió con la mirada, de pies a cabeza.
Allí tenía por fin al hombre que había hecho suya a Lorena, a aquél cuyo hechizo ella no supo resistir.
Reconoció que el tipo era fuerte y atractivo, pero no le encontró nada de especial.
Claro que él juzgaba con lógica exclusivamente masculina, y las mujeres miran las cosas de otro modo. Mo podía ponerse en el lugar de Lorena por mucho que quisiese.
Calvert susurró:
—¿Me conoce?
—Lorena lo ha mencionado.
—¿En qué sentido?
—Vino a decir más o menos que usted era un hombre irresistible, Calvert.
—Vaya… ¡Qué amable!
La palidez de la muchacha había aumentado. Tiró de una manga de Clive.
—Por favor, vámonos de aquí…
—¿Por qué tanta prisa, muñeca? —preguntó Calvert—. ¿O es que ya no estás bien conmigo?
—No se trata de eso. Es que…
—¿Tienes miedo de que lo mate?
Los que estaban en las cercanías se evaporaron prudentemente. Lorena y los dos hombres quedaron solos en la barra.
Ella insistió:
—Por favor…
—Ella no tiene miedo de que me mate, Calvert —dijo Clive suavemente—. Más bien debe tener miedo de que le mate yo a usted. Pero como las damas siempre tienen razón, voy a hacer lo que ella dice. Voy a evaporarme de aquí.
Hizo un ademán para dirigirse hacia la puerta. Pero la voz de

Cal ver t le cortó en seco:

—¡Cobarde!

Clive sintió como una sacudida.

Instantáneamente quedó quieto.

—Por palabras menos fastidiosas he matado gente —dijo con voz tensa—. De modo que no se arriesgue más, amigo.

—¿Arriesgarme a qué?

—A que se termine mi paciencia.

Calvert lanzó una carcajada insultante.

Nunca había visto Clive un hombre tan seguro de sí mismo como el que tenía enfrente ahora. Y quizá a Calvert no le faltaba razón, porque debía haber enviado a muchos enemigos al cementerio. Se notaba a simple vista que era un elemento temible.

—Veo que se está poniendo nervioso —dijo Calvert—, y eso me gusta. Le voy a repetir la palabrita a ver si así se decide a moverse de una vez, amigo. —Y gritó—: ¡Cobarde!

Era evidente que quería matar a Clive. Sus razones tendría, y la primera de ellas debía ser que no le gustaba verle en compañía de la muchacha.

Era evidente también que Clive no podía pasar por alto aquella ofensa. Tenía que reaccionar si no quería parecer realmente un cobarde delante de todo el mundo.

Pero no lo hizo.

—Quizá no sepa mi nombre —dijo solamente—. Me llamo Clive Burkam.

—Lo he oído nombrar. ¿Y qué?

—He sido *sheriff* especial en varias ciudades.

—Lo sé… Y ha enviado a bastante gente al otro barrio.

—Gente que hablaba demasiado…, como usted.

Los labios de Calvert dibujaron una estrecha sonrisa.

—Yo nunca hablo demasiado, amigo. Sé lo que me digo, y cuando pronuncio una palabra es porque soy capaz de mantenerla con un revólver. Me gustaría que usted fuera capaz de lo mismo.

Clive tenía los puños blancos de tanto apretarlos. Jamás había recibido tantos insultos en su propia cara.

Las manos se le iban hacia la cintura. Pero hizo un terrible esfuerzo por contenerse.

Dio media vuelta y fue hacia la puerta.

En ésta había un nombre. Le miró con asombro.

—Clive Burkam… —dijo—. Le he oído nombrar. Usted tiene una fama y ha de mantenerla. No puede dejar sin respuesta todo lo que acaban de decirle aquí.

Clive no contestó.

Oía a su espalda las carcajadas de Calvert torturando sus oídos. Jamás había vivido un momento como aquél.

—¡Cobarde! ¡Sucio y repulsivo cobarde! Cuando llegó a la calle, Clive respiraba agitadamente. Parecía como si faltase aire a sus pulmones. Lorena había salido junto a él. Balbució: —Lo…, lo siento, Clive—. Tú no debías imaginar que estaba aquí.

—No podía ni soñarlo siquiera. La última vez que le vi fue muy lejos de esta zona.

—Vete con él.

—Clive…, ¿qué dices?

—¿No te entregaste una vez? ¡Pues entrégate otra! ¿No te das cuenta de que ha venido a buscarte?

—¡Clive! ¡Me estás insultando!

El tenía el dolor clavado en el rostro. Sus manos temblaban.

Parecía una sombra de sí mismo cuando susurró:

—He jurado no matarle. Puedes estar tranquila.

—Ya me he dado cuenta… de que ha sido terrible para ti no poder emplear el revólver.

—Y no podré emplearlo nunca… ¡Vamos, vete con él! ¡Líbrame de la pesadilla de verte sabiendo que has sido suya!

—Clive, tú me quieres…

—Quererte… No vuelvas a pronunciar esa palabra nunca más.

Se dirigió hacia su caballo. Fue a montar en él.

Lorena le puso suavemente una mano en la espalda.

—Clive…

—¿Qué quieres ahora?

—Olvida esto. Habíamos venido aquí a otra cosa. Tú sabes que queríamos ver a la pequeña.

Clive suspiró con desaliento.

—Es cierto… Aunque la palabra «cobarde» resonara para siempre en mis oídos. Pero vamos allá. Esa pobre niña, al fin y al cabo, no tiene ninguna culpa.

Montó a caballo, y la muchacha lo imitó. Los dos marcharon al

paso hacia el otro lado de la población.

Calvert, dentro del saloon, seguía riendo.

Y sus carcajadas salían al exterior. Atronaban la calle.

CAPÍTULO VIII

La maestra vivía en una casa tranquila y retirada, pintada de blanco, donde había un modesto porche con unas flores. Todo aquel paraje daba una consoladora sensación de paz.

Lorena, susurró:

—Aquí es.

Clive Burkam, hasta aquel momento, había estado sustentando una esperanza absurda en el fondo de sí mismo. Había estado sustentando la esperanza de que toda aquella historia de la niña fuese mentira. Como la vida de las mujeres ricas es, en ciertos aspectos, más complicada que la vida de las mujeres pobres, él se decía que quizá Lorena había tenido que inventar aquello por alguna secreta razón, y que luego se descubriría que la muchacha no había tenido que ver con ningún hombre.

Pero esa loca esperanza se iba difuminando.

Ya sabía el nombre de la niña: Vicky.

Ya había visto al hombre que poseyó a Lorena.

Y ahora sólo le faltaba conocer a la pequeña para que se derrumbara todo aquel loco castillo que había llegado a construir en el aire.

La puerta se abrió. Una muchacha de agradable aspecto dejó que su figura se recortase en el umbral.

Sonrió.

—Ah, hola, Lorena…

—¿Cómo estás, Marta?

—Me has dado una buena sorpresa… ¿Cómo vienes a estas horas?

—Quisiera ver un momento a mi hija.

—Claro, no faltaba más… Pero ahora duerme.

Marta, la maestra, dirigió una mirada de curiosidad a Clive. Sus ojos la traicionaron un momento, denotando que la figura del hombre había calado en su sensibilidad secreta de mujer.

—Pasad…

La casa era modesta, pero agradable. En un dormitorio muy limpio, que olía a dulce intimidad de muchacha, había una cunita junto a la cama. En esa cunita dormía una niña.

, Clive la miró al principio con odio.

Era la hija de Calvert, aquel cerdo. Y era la que había transformado a Lorena en una mujer que ya lo había dado todo en la vida y por lo tanto ya nada tenía que ofrecer.

¿Pero era posible que de las entrañas de Lorena, que en cierto modo aún tenía apariencias de niña, hubiese salido aquella hija? ¿No se trataba de un mal sueño?

No. Todo aquello era una condenada realidad.

—¿Qué le parece?

Sin darse cuenta, Clive ya miraba a la niña de otro modo. Aquel paquete de carne sonrosada no tenía ninguna culpa. Era un ser inocente y que merecía ser protegido. Casi conmovía ver dormir a la pequeña con aquella paz.

—Es muy bonita.

Lorena miró a Marta.

—¿Qué tal se porta?

—Muy bien. Y tiene mucho apetito. El ama que viene a darle el pecho dice que nunca ha visto una cosa igual.

—Te sorprenderá que hayamos venido a estas horas… Pero de pronto me he sentido intranquila por la pequeña. Por cierto, no te he presentado a Clive. Clive Burkam es *sheriff* especial. Durante unos días va a trabajar para nosotros.

Marta le miró y tendió su mano.

Aquella mano temblaba. Algo vibraba en el cuerpo de la maestra, que parecía pedir una caricia.

Pero Clive no se fijó en eso. El no querría en su vida a nadie más que a Lorena. Y ésa era su maldición.

Se despidieron y salieron de la casa. A Clive le rondaba una idea en su cerebro, pero no sabía lo que era. Una idea estúpida y, sin embargo, importante Pero no lograba precisarla.

Montaron a caballo y reemprendieron el regreso lentamente.

Al pasar cerca del saloon —aunque Lorena trató de que se desviaran— oyeron aún las carcajadas de Calvert. Aquellas carcajadas herían los tímpanos de Clive. Le envenenaban la sangre.

Lorena murmuró:

—Por favor, haz como si no le oyeras… Alejémonos cuanto antes de aquí.

—No te preocupes… He jurado que no lo mataría.

—Olvídate de lo sucedido, Clive… Por favor, vámonos pronto.

—¿Por qué no te quedas con él?

—Clive…, ¿qué dices?

—Es tu marido, ¿no?

—¡No es mi marido!

—Bueno, como si lo fuera…

Ella se mordió el labio inferior.

—¿Por qué eres tan cruel, Clive?

—Nadie es cruel cuando dice la verdad.

—Es que esa verdad te hiere a ti mismo.

Aquello era tanto como decir que Lorena se había dado cuenta de que estaba enamorado de ella. Pero Clive Burkam decidió pasar por alto esta frase.

—No comprendo cómo pudo suceder —masculló.

—Hay momentos en que una mujer es débil.

—¿Fue solo un momento? ¿O varios momentos? —preguntó él cruelmente.

Clive Burkam sentía que algo le desgarraba por dentro. La necesidad de volver al saloon y matar a Calvert era casi agobiante. Pero también sentía una oscura necesidad de abofetear a Lorena, de herirla por el hecho de haberse entregado.

Durante unos minutos cabalgaron en silencio, masticando él su propia rabia.

Luego preguntó:

—¿Por qué no os habéis casado?

—El no ha querido.

—Eso no tiene sentido. Tú eres millonada. A un sinvergüenza como ése le resolverías la vida maravillosamente.

—Mi padre nunca lo admitiría. Si lo supiese, sería capaz de pagar a unos cuantos pistoleros para que matasen a Calvert.

—Benita manera de resolver las cosas…

—Por eso he hecho lo único que podía hacer.

Clive debió reconocer que aquello era cierto.

Teniendo en cuenta lo trágico de las circunstancias, la muchacha había obrado del mejor modo posible.

Pero cuando llegaron a la ciudad estaba aún de un humor de perros, masticando su propio furor.

Y aquella idea maldita de algo especial que había notado y no sabía qué era, continuaba dando vueltas en su cráneo y torturándole poco a poco.

CAPÍTULO IX

Se levantó por la mañana muy temprano. Ensilló su caballo y salió a campo abierto.

Todo estaba en calma y tenía esa especial hermosura de los campos al amanecer. El sol apenas se insinuaba por las montañas que cerraban el horizonte. A Clive, que le gustaba todo aquello, le faltaba poco para sentirse feliz.

Pero hasta en aquel instante de calma volvían sus recuerdos.

Y se sentía tan desdichado, tan dolido, que tenía que apretar los puños frenéticamente.

Fue en aquel momento cuando oyó el trotar de un caballo a su espalda.

Se volvió y distinguió confusamente una silueta que se acercaba. Por sus contornos, notó que se trataba de una mujer.

Lorena le seguía.

Pero aquello, en lugar de alegrarle, le hizo sentir aún más dolor. Lo que él necesitaba en realidad era olvidarse de la muchacha.

Tuvo una sorpresa, de repente, cuando la amazona, vestida con ropas muy ceñidas, estuvo más cerca.

Porque no era Lorena, sino Karen.

Karen tiró de las riendas cuando estuvo a su altura y sonrió alegremente.

—Creí que te escapabas —dijo familiarmente.

—¿Por qué habría de escaparme?

—Has salido con tanto misterio…

—Es que tengo trabajo.

—¿Qué clase de trabajo?

Clive se encogió de hombros.

—No son cosas que importen a una mujer.

—¿Por qué no?

—Se trata de William Palmer.

—Entonces, me interesa. No olvides que robaron muchísimo dinero a mi prometido. Lo que ocurra con Palmer es importante para mí.

—De acuerdo, pero será mejor que no me sigas.

—¿Por qué?

—Es posible que encuentre a uno de esos granujas.

—¿Y cómo lo sabes? ¡Si nadie tiene idea de dónde pueden estar! ¿Es que acaso los hueles?

Clive se mordió el labio inferior.

Le molestaba explicar sus métodos de trabajo a una mujer, pero al fin y al cabo ella era la prometida de Brostein, de modo que podía saberlo.

—No, nadie huele a esos granujas —murmuró—. Ni siquiera yo, que he estado educando mi olfato durante años. Pero si se conocen sus costumbres, se pueden deducir algunas cosas.

—¿Por ejemplo…?

—Ellos tienen un medio de comunicarse que no suele despertar sospechas. No se envían cartas, ni se encuentran ni emplean mensajeros, porque todo eso podría fallar o servir para que les traicionasen. Lo que hacen es mucho más sencillo. Cuando se separan, siempre suelen distribuirse por ciudades a las que llegan las diligencias. Y cuando uno de ellos necesita comunicar algo a los demás, se acerca a la casa de postas, se para junto a la diligencia que va a salir y, como el que no hace nada, traza con la uña, en la pintura del carruaje, la señal convenida. Cuando la diligencia llega a su destino, los otros también merodean por la casa de postas. La señal les indica lo que necesitaban saber.

Karen asintió con un leve movimiento de cabeza.

—Es ingenioso —murmuró.

—Más que nada, es elemental: las cosas sencillas son las que suelen dar mejor resultado. Pero yo conozco el truco y he estado vigilando todas las diligencias.

—¿Y has notado algo en especial?

—En una que llegó anoche había un círculo marcado con una uña. Eso solamente.

—Pues me parece muy poca cosa…

—He estado pensando y en las cercanías hay una pequeña hondonada redonda. En otra época, cuando por aquí vivían unas comunidades mexicanas, esa hondonada redonda se empleaba para lidiar algún toro en fiestas señaladas. Incluso conserva algunas vallas de madera y asientos. Imagino que ese círculo significa que algunos de los hombres de Palmer —al menos dos— se reunirán allí.

—¿A qué hora?

—Eso no lo sé. Por eso voy al amanecer, dispuesto a montar guardia todo el día.

Karen sonrió.

Tenía una sonrisa turbadora y excitante, una sonrisa que invitaba a besar locamente su boca.

Se comprendía —aunque Clive no lo justificaba— que un hombre como Brostein, hubiese perdido la cabeza por una mujer así.

—Te acompañaré —dijo Karen.

—¿Estás loca?

—Llevo un revólver. Y tiro bien.

—¿Dónde te enseñaron a disparar? ¿En el colegio?

—¿Ya te ha explicado Lorena que nos conocimos allí?

—Lorena me ha explicado muchas cosas.

—Pues quizá no te haya dicho que practico cada día con el revólver, desde que estoy en el Oeste. Y que Brostein me ha hecho enseñar los secretos del «Colt» por los mejores maestros.

Clive dijo cruelmente:

—¿Y qué secretos le has enseñado tú a él?

—No seas atrevido. Eso no le importa a nadie.

—Perdona… Lo que quería decir es que no resulta lo mismo practicar con el «Colt» ante una hilera de botellas o de latas vacías que ante un hombre que también conoce sus secretos y que está dispuesto a matar. Y eso es lo que va a suceder si encontramos a los hombres de William Palmer. Que podrían ser todos a la vez.

—De todos modos, te acompañaré.

—Insisto en que estás loca.

—Y yo insisto en que, si quieres librarte de mí, tendrás que hacerlo a golpes.

Clive se encogió de hombros.

—Te gustan las emociones fuertes, ¿eh?

—Me gustan las emociones fuertes…, en todos los sentidos.

—Muy bien… En ese caso, acompáñame. Pero mucho me temo que Brostein se quede viudo antes de casarse.

—Peor para él.

Los dos emprendieron el trote corto. La temperatura era suave y se podía avanzar con alegría hacia las limpias montañas que perfilaban el horizonte.

Media hora después, cuando el sol ya lo iluminaba todo con perfecta claridad, vieron la hondonada de que había hablado Clive.

Era un círculo casi perfecto abierto en el terreno. Parecía increíble que aquello hubiera podido ser creado por un azar de la naturaleza. Más abajo se veían unos asientos de madera ya semipodrida y una valla, parecida a las de una plaza de toros, que se hundía por todas partes. En el centro del anillo había un carromato abandonado que alguien había despeñado desde arriba.

Todo causaba una sobrecogedora sensación de abandono, de soledad y hasta de muerte.

Clive susurró:

—Ahora será mejor que te alejes, Karen.

—¿Por qué?

—Porque si éste es el sitio, pueden tirotearnos en cualquier momento. Esos tipos me conocen bien y no se molestarían en avisarme. Me encuentran mucho más guapo muerto que vivo.

—¿Pero estás seguro de que vendrán?

—Ya te he dicho que lo mío es una simple hipótesis. Puedo estar equivocado. Pero si acierto, aquí habrá dentro de poco una ensalada de tiros y no quiero que te atrapen en medio. Yo…

De pronto, todos sus músculos se tensaron.

—¡Cuidado…!

Saltó de la silla con la velocidad de un gamo y se arrojó sobre la muchacha. Los dos rodaron por tierra, mientras sonaba un disparo.

La bala mordió la silla del caballo que había montado Clive. El animal se encabritó y partió al galope, lanzando relinchos. Su compañero, como suelen hacer todos los caballos, le siguió inmediatamente.

Clive masculló:

—¡Abajo!

Su palabra sólo podía significar una cosa: estaban al descubierto y había que darse un «masaje» rodando por la ladera.

Abrazado como estaba a Karen, se dejó caer por la pendiente, para llegar al fondo de la hondonada y parapetarse tras la valla medio podrida.

Karen lanzó un grito.

El dolor de su cuerpo al chocar contra los relieves del terreno era casi insoportable, a pesar de que Clive la protegía todo lo posible. Aquella especie de «masaje», por lo visto, no le gustaba a Karen ni pizca.

Los disparos les fueron siguiendo. Sólo el hecho de que rodaran hacia abajo a gran velocidad, dando volteretas extrañas, logró salvarles. Pero las balas levantaban junto a sus cuerpos violentos surtidores de polvo.

Por fin chocaron contra la valla.

La madera semipodrida crujió, pero al fin se mantuvo firme.

—Aquí estarnos relativamente seguros —murmuró Clive—. ¡Diablos, qué sesión de volteretas!

—Estoy molida.

—Peor estarías agujereada.

Ella separó los labios en una extraña sonrisa.

—Sólo ha habido en todo esto una cosa agradable.

—¿Cuál?

—Que me has abrazado muy fuerte.

Clive hizo una mueca y dijo por un lado de la boca, sin querer entenderla:

—Lo he hecho para que no te rompieras la columna vertebral, preciosa. Cuando uno da volteretas, hay que saber hacerlo.

—¿Y ahora qué?

—Ahora hay que estarse quietecito. Nuestro amable enemigo no sabe dónde estamos exactamente. Pero al menor movimiento nos localizará y volverá a zurrarnos de lo lindo.

—¿Quién es?

—Sólo lo he visto de refilón, pero juraría que es James, uno de los sicarios de William Palmer.

—¿Y hemos de estarnos quietos?

—No te impacientes. Estas «juergas» duran a veces todo el día, y siempre pierde el que más nervioso se pone. El, ahora, cambiará de

posición. Nosotros trataremos de localizarle.

—Menos mal que aquí estamos seguros…

—Sí, éste es un buen si…

Iba a decir «sitio», pero ni siquiera tuvo tiempo para acabar la palabra.

La bala se clavó en la madera, justamente a la altura de su cabeza. Clive tuvo un espasmo. Notó que le habían disparado desde su izquierda.

¡Y James había quedado a la derecha!

¡Eran dos los enemigos que arreaban contra él!

Cubrió a Karen lo mejor que pudo, protegiéndola con su cuerpo y miró en torno suyo.

Desde la posición en que se hallaba, apenas podía ver nada. Y descubrirse equivalía a un suicidio.

Karen susurró:

—De modo que son dos…

—Y se han situado uno a cada lado. Mucho me temo que acaben friéndonos en aceite.

Por el momento, Clive no tenía más remedio que estarse quieto. Ni soñar en responder al fuego. Sólo había de confiar en que sus enemigos, al tomar la ofensiva, cometiesen algún error.

Pero los dos pistoleros no eran tontos. No estaban dispuestos a disparar contra un enemigo al que no veían.

También se mantuvieron a la expectativa. Y durante largos minutos, un silencio espantoso se adueñó de aquel paraje.

Clive contenía incluso la respiración.

Pero empezaba a sentirse optimista, porque sabía que sus dos enemigos no iban a tener más remedio que atacar más tarde o temprano. El tiempo iba contra ellos, ya que existía la posibilidad de que pasase por allí una patrulla del *sheriff*. En cambio, Clive podía aguardar tranquilamente todo el tiempo que hiciera taita.

La situación, conforme los minutos iban transcurriendo, se decantaba más y más a su favor.

Bueno, eso creía él.

Las cosas empezaron a cambiar cuando llegó a sus oídos aquel silbido susurrante que se escuchaba muy cerca. Al principio no le prestó demasiada atención.

Pero de pronto todos sus cabellos se le erizaron, al escucharlo de

nuevo. Sintió que se le secaba a boca.

La serpiente que había salido a tomar perezosamente el sol se estaba irritando ante la presencia de aquellos intrusos. Alzaba la cabeza y la balanceaba de un lado a otro, mientras abría sus fauces.

Estaba a unos cinco pasos.

Un solo impulso bastaba al asqueroso reptil para saltar y caer sobre ellos. Y en ese caso no habría quien lo salvase.

Karen lo había visto también. Sus ojos dilatados denotaban el más absoluto horror.

Clive comprendió que no había más que dos soluciones: o huir de allí, poniéndose al descubierto, o acertar al bicho al primer disparo, volándole la cabeza.

Pero aun acertando a la primera bala, esa solución podría ser también mala, porque el fogonazo descubriría su situación.

Karen balbució:

—Estamos perdidos…

—Espera…

Clive había alzado el revólver. Quería mantener los músculos relajados y no podía. Todo su cuerpo estaba sometido a una terrible tensión.

Hizo fuego, seguro de que iba a acertar.

Pero las serpientes son como las mujeres, no porque se parezcan, desde luego, sino en el sentido de que siempre hacen lo que menos se espera. El reptil bajó la cabeza como si desistiese de atacar. Y la bala sólo le pasó rozando.

El fogonazo había descubierto a Clive.

Sus dos enemigos tirotearon ahora rabiosamente, aunque no podían verle. Las balas convirtieron en astillas la madera de la barrera, casi junto a los ojos de Clive.

Vivir o morir dependía ahora de una simple cuestión de suerte. Las balas silbaban en todas direcciones. Bastaría que una se desviase un poco para que aquella macabra aventura terminase.

El hombre y la mujer estaban pegados al suelo.

Ahora la serpiente se había acercado más, pero manteniendo la cabeza en el polvo. Su lengua salía de la boca y se ocultaba rápidamente en ella. Clive sudaba de angustia, porque tenía que controlar los movimientos del reptil y además tratar de calcular, por el sonido, desde dónde disparaban sus dos adversarios.

Eso era vital para él.

Tenía que conocer aproximadamente su situación cuando decidiera moverse.

Adivinó que uno de sus enemigos estaba parapetado tras el carro que había más o menos en el centro del ruedo. Aquélla era una posición ideal para batirlo todo.

La serpiente saltó de repente, como si la hubiera movido un resorte. Clive sintió deseos de lanzar un grito, tan insoportable era su tensión. Las gotas de sudor llegaban a sus labios y penetraban entre ellos.

Pero disparó y esta vez no falló la bala.

El proyectil penetró en la boca abierta del ofidio, saliendo por entre sus ojos. El bicho dio un terrible salto y luego cayó a tierra, quedando instantáneamente quieto.

Los dos pistoleros habían vuelto a ver el humo de la pólvora y tiraron rabiosamente.

Clive comprendió que no podrían soportar aquello ni diez segundos más. Tenía que pasar a la ofensiva o moriría como una liebre dentro de su madriguera.

Ahora sólo tenía un dato a su favor. Sabía con toda seguridad que uno de los enemigos tiraba desde detrás del carromato, a unas ocho yardas de distancia.

Tomó la serpiente entre sus manos y la lanzó por los aires en aquella dirección.

Para el hombre que estaba en el carromato la sensación de que la serpiente volaba hacia él fue literalmente horrible. No podía saber que estaba muerta. Por el contrario, le pareció que movía la cola y que silbaba labiosamente.

Sólo pensó en huir.

Abandonó su refugio, tras el carromato, y dio un salto cuando la serpiente caía ya sobre su cabeza.

De pronto lanzó un alarido.

No tuvo tiempo de levantar su revólver. Acababa de ver fugazmente la figura de Clive.

Luego ya no vio nada más.

No llegó a enterarse de que un balazo le había volado la cabeza.

Su otro enemigo gritó de rabia. Disparó dos veces con su rifle, pero ya Clive se había parapetado de nuevo tras la valla.

Ahora era un hombre contra otro hombre. La situación había cambiado por completo.

Clive se arrastró sobre los codos, tras hacer una seña a Karen para que estuviese quieta. Y empezó a alejarse con un pensamiento metido entre ceja y ceja.

Su enemigo iba a ser listo. Quizá demasiado.

En cuanto se pasase de listo, iba a quedar arreglado.

Ya no veía a Karen, pero sabía perfectamente dónde estaba la muchacha.

De repente oyó unos pasos precipitados.

Karen chilló, atrapada por sorpresa.

Una voz ronca gritó por encima de la valla:

—¡Entrégate, Burkam! ¡Entrégate o acribillo a la chica!

Clive masculló:

—Muy bien, muchacho…

Asomó por encima de la valla rápidamente y disparó dos veces.

El blanco era relativamente fácil, porque sabía dónde estaba su enemigo. Éste se contorsionó sin llegar a disparar. Su cara se cubrió de sangre cuando caía a tierra.

Clive murmuró:

—Te has pasado de listo…

Cuando volvió junto a Karen, ésta estaba intensamente panda.

—Tengo una sensación horrible, Clive —murmuró.

—¿Qué sensación?

—La de que me has hecho servir de cebo.

—En parte es así, pero no quedaba otro remedio para acabar con esta situación. Y te aseguro que no corrías ningún peligro.

—¿Y si llegas a fallar el disparo?

—Yo no fallo nunca con los hombres. Sólo me equivoco con las serpientes… y con las mujeres.

La ayudó a ponerse en pie, mientras con la otra mano se secaba el sudor.

Ya el calor había desaparecido, al desaparecer la tensión del peligro. El vientecillo que corría por la hondonada le parecía agradable y fresco.

—Veamos quiénes eran esos hombres —murmuró.

Se acercó a uno de los muertos.

—Éste era James, en efecto —susurró—. No me ha engañado el

primer golpe de vista.

—¿Y el otro?

—Ahora veremos.

Se acercó al carromato. El cadáver aún tenía las facciones horriblemente crispadas, como si fuese a lanzar un grito. La muerte, tan rápida, no había permitido ni que sus facciones se relajasen.

—Era Lou.

—¿También de la banda de Palmer?

—También. Ahora, según mis cálculos, sólo le queda un compinche; un pistolero llamado Laurent.

—Entonces ya no parecen tan peligrosos… ¿Llevarán estos dos hombres algo del dinero robado a Brostein?

—No lo creo, pero les registraré.

El registro no dio resultado. Clive tenía razón al suponer que aquellos dos sicarios no llevaban encima ni una mínima parte del capital robado. Era seguro que éste había sido ocultado por Palmer en lugar seguro. Tendrían que cazar al propio jefe para averiguar algo.

—Los dejaremos aquí —dijo—. E informaré a Brostein…

—Bien.

La voz de Karen era apagada, lenta.

Se desprendía de ella una cálida sensualidad.

Se dirigieron a la salida de la hondonada tras sacudirse las ropas. Pero una vez en la superficie de la llanura, no vieron a sus caballos por ninguna parte.

—Diablos… Menuda caminata nos vamos a dar si se han esfumado… Y los de esos dos pistoleros tampoco se ven…

De pronto, Clive descubrió el bosquecillo situado a unas doscientas yardas de distancia.

—Seguro que se han metido por allí. Entre los árboles tiene que haber hierba fresca.

Caminaron hacia el bosquecillo. Clive iba con la mano cerca del revólver, previniéndose para cualquier posible sorpresa, porque ya no se fiaba de nada. Pero llegaron sin novedad.

Los caballos, en efecto, pacían allí, bien tranquilos y ajenos a las preocupaciones de sus dueños.

Clive murmuró:

—Bueno, regresemos en paz…

Volvió la cabeza y entonces se encontró con los ojos de Karen.

Unos ojos profundos, quietos, obsesionantes, que llegaban a hacer daño.

La pasión alentaba en ellos. Era una pasión que quemaba, que parecía ir a devorarlo todo.

—Clive…

También la voz era cálida. También rezumaba pasión.

—Tienes tu caballo ahí, Karen.

—Clive, yo no soy feliz.

—En este mundo nadie lo es, muchacha. Estamos condenados a no pasarlo nunca bien del todo.

—Tú no me comprendes. No ha sido casualidad el que te siguiera.

El apretó los labios.

—La vida está llena de cosas que nunca debieron haber existido —murmuró—. Olvídalo, Karen. Eres una mujer que va a tener muchas cosas que las demás deben contentarse con soñar.

—¡Te repito que no soy feliz!

—¿Y quién lo es?

La voz de la muchacha se hizo más exigente, más espesa, cuando murmuró:

—Clive, tú me gustas.

—Has elegido a Brostein, ¿no? También él debe gustarte.

—Por favor, no te rías de mí.

—¿No vas a casarte con él?

—Eso es distinto.

—Todas las cosas tienen su precio, muchacha. Siento decirte que tú tienes que pagar el tuyo, tomas el dinero y desprecias el amor. Ésa es la decisión que has tomado, muchacha, y debes atenerte a ella.

Los brazos de Karen ascendieron poco a poco.

Clive no se movió.

Los notó enroscados en su cuello, notó la boca femenina muy cerca de su boca.

—Me gustas…

—Basta, Karen…

La rechazó suave, pero firmemente. La muchacha vio, con inaudita sorpresa, que sus brazos eran separados del cuello del

hombre.

—Nadie me rechaza así —gimió—. Tú debes estar loco.

—Nunca he estado más cuerdo.

—Eres un estúpido si respetas a Brostein. El, al fin y al cabo, es un millonario sucio como los demás. Quiere comprarlo todo con su dinero. No merece que le respeten.

—No lo hago por él. Brostein me importa menos que el colmillo cariado de un perro.

Los ojos de la mujer adquirieron un brillo peligroso. Dio un paso hacia atrás, mientras apretaba los puños.

—Entonces, si no lo haces por Brostein, resultará que lo haces…, ¡lo haces por su hija!

Clive no contestó.

Sentía una rara opresión en el pecho y al mismo tiempo una pena muy honda.

—¡Lo haces por Lorena! —gritó ella, sabiendo que había dado en el blanco—. ¡Por Lorena solamente! ¡Te has enamorado de ella!

El tampoco contestó.

Veía a la mujer borrosamente. Le parecía como si estuviera muy lejos.

—¡Pero Lorena no es para ti! ¡Lorena tiene un hijo!

Alzó las manos y las acercó a su rostro. Parecía querer frotarle por la cara aquella amarga verdad.

—¡Lorena tiene un hijo de otro!

—Lo sé.

—Pero sigues enamorado de ella, ¿verdad?

—No hablemos de eso ahora, Karen.

—Sí… Hemos de hablar de eso. ¡Claro que hemos de hacerlo! ¿Conoces tú al padre de Vicky?

Clive dijo amargamente:

—Sí.

—Es el pistolero Calvert.

—No necesitas decírmelo otra vez.

—Te duele, ¿verdad?

—Es uno de los tragos más amargos que he pasado en mi vida.

—¿Y qué necesidad tienes de pensar en eso? ¡Olvídala! Lorena no será nunca tuya. En cambio yo… Yo creo que nunca he visto a un hombre como tú, Clive.

—Creí que eras amiga de Lorena.

—En el amor no hay amigas. Pero además no le causo ningún daño, no le arrebato a nadie. Tú sabes perfectamente que nunca entrarás en la vida de Lorena. Los dos estáis tan alejados como las estrellas.

Otra vez los brazos se enroscaron a su cuello. Otra vez aquellos labios rojos estuvieron muy cerca.

Pero Clive la rechazó de nuevo, con la misma suavidad y la misma firmeza que antes.

Karen apretó los puños.

De pronto sus ojos dejaron de destilar amor para convertirse en dos focos de odio.

—Nadie me ha rechazado dos veces —masculló.

—Lo siento, Karen.

—Pagarás esto. ¡Te juro que pagarás esto! El hombre que me rechaza es mi mortal enemigo.

—Tendré que correr ese riesgo, Karen…

—Maldito seas…

Ella hablaba con todo su odio, con toda su alma.

Clive, en contra de su voluntad, se estremeció.

Porque sabía que el odio de una mujer es cien veces peor y más peligroso que el de un hombre.

—Mejor será que regreses sola, Karen —silabeó.

—¡Claro que regresaré sola!

Montó a caballo y clavó salvajemente las espuelas en los ijares del animal, hasta hacerle sangre.

Luego partió al galope.

Clive la dejó marchar.

Por sus facciones acababa de pasar como una sombra negra.

CAPÍTULO X

Brostein ofreció un largo cigarro a Clive.

—¿No quiere fumar?

—No, gracias. Tengo la boca demasiado seca.

—Entonces quizá un trago…

—Una buena jarra de cerveza, si es que la tiene.

—Claro que sí… Y fría.

—Se lo agradezco.

Mientras Clive bebía el dorado líquido, miró atentamente al millonario. No cabía duda de que éste se sentía satisfecho.

Iba a casarse con una jovencita que creía que le amaba. Pero aquella jovencita ya le hubiese pertenecido a él, a Clive Burkam, si él hubiera querido.

Y Brostein tan feliz…

Bueno, ¿qué? De ilusión también se vive, ¿no es cierto?

Brostein le miró también. —Parece preocupado, Clive—. Pues no lo estoy. —¿Más cerveza?

—Por mi gusto, me bebería un barril, pero engorda demasiado. Y a causa de mi oficio, he de mantenerme en forma.

—Sin embargo, diría que no es eso. No está usted alegre.

—No hay auténticos motivos para estarlo.

—No diga eso, caramba… Las cosas empiezan a ir bien por primera vez. Tenemos a Palmer prácticamente acorralado y además con un solo pistolero. Su caída es cuestión de días, quizá de horas. Yo recuperaré mi dinero y usted tendrá una buena recompensa. ¿Por qué no celebrarlo?

—No hay que vender la piel del oso antes de matarlo, Brostein.

—Diablos, pero juraría que lo que le pasa a usted es otra cosa.

—Quizá sí. Tengo una maldita idea metida en la cabeza y no sé

interpretarla.

—¿Una idea?

—Es algo que be visto… Algo que no tiene importancia y que, sin embargo, lo cambia todo… Pero no consigo ordenar mis pensamientos. No sé exactamente qué es.

—¿Se ha dado cuenta de que no hay quien le entienda, Burkam?

—Lo que quisiera es entenderme yo mismo.

—De modo que le atormenta una idea, pero no sabe precisar en qué consiste.

—Exacto… Ya le he dicho que es algo que he visto. Pero me parece como si se tratara de un sueño.

—Hombre…, es que del modo que usted habla quizá sea realmente un sueño y nada más.

—Tal vez —dijo Clive, con desgana.

—¿Por qué no hace una cosa? ¿Por qué no se va a dar una vuelta por el rancho?

—Lo haré… Creo que es un buen consejo. Hay muchos lugares de esta tierra que no he visto ni de lejos.

—Le gustará.

Clive salió de la casa y fue a pie.

Se daba cuenta de que las cosas marchaban bien. Estaba a punto de cazar a Palmer. Estaba a punto de que Brostein le entregara una magnífica recompensa.

¿Qué más quería?

Y sin embargo, jamás se había sentido tan desdichado. Algo le reconcomía por dentro.

Vio que en el rancho aún había bastantes cosas destartaladas, fruto de los años en que su antiguo dueño apenas lo cuidó. Se veían viejos carromatos herrumbrosos, edificaciones semiderruidas y aperos de labranza tirados por doquier.

Pero la tierra era buena.

La humedad hacía brotar la hierba con una profusión maravillosa. Las reses que pacían allí estaban lustrosas y tenían un peso envidiable.

Brostein debía haber comprado aquello al contado y a un precio de ganga. Ya se sabe que el dinero hace dinero. Buen negocio para él.

De pronto, de uno de los edificios semiderruidos vio salir a dos

hombres.

Parecían vaqueros de los recién alquilados por Brostein. Y seguramente lo eran. Pero la actitud en que avanzaban hacia él resultaba intranquilizadora, casi desafiante.

Clive se detuvo.

¿Qué diablos querían?

Lo comprendió al ver aparecer a Karen tras ellos, surgiendo del edificio.

La muchacha, que había sido humillada, quería una cosa muy sencilla: quería humillarle ahora a él. Seguramente había pagado a aquellos dos tipos para que le dieran una soberana paliza.

Y eso era lo que iban a hacer.

Los dos tipos tenían pechos amplios y puños enormes. Avanzaban muy seguros de sí mismos.

Clive dejó caer los brazos tranquilamente a lo largo del cuerpo, en actitud relajada.

—Hola, chicos.

Los otros no contestaron. Seguían avanzando.

—Queréis juerga, ¿eh?

—Ujú.

Uno de los puños salió disparado hacia su rostro. Ésa fue la primera señal cierta de que las cosas se habían puesto feas.

Pero la actitud relajada de Clive no era más que una actitud estudiada para tener la cintura flexible. Como todos los pacificadores, que habían de jugarse el tipo en mil circunstancias distintas, sabía boxear. Movió la cintura, echando el cuerpo hacia atrás, y el puño de su enemigo pasó por delante de su nariz, pero sin rozarle.

El vaquero estuvo a punto de perder el equilibrio. Y Clive le «ayudó».

Su gancho seco y cortante hizo caer al otro hacia atrás. Se oyó un rugido.

Pero el segundo adversario ya se lanzaba a la carga.

Iba a ser una pelea sin piedad, una pelea a partirse de verdad la cara. Clive adivinó las instrucciones de Karen: «No le matéis, pero dejadlo reducido a pulpa.

—Traedlo de rodillas ante mí».

Clive esquivó también a su segundo enemigo. Lo dejó pasar por

delante de él como si fuera una bala de calibre pesado. Luego volvió a mover el puño derecho, y su gancho fue aún más seco y cortante que el anterior.

Por un momento sus dos adversarios estuvieron en tierra.

Pero eso duró poco. Se levantaron ambos a la vez, como impulsados por catapultas. —¡Vas a acordarte de esto!—. ¡Yo te haré tragar tus propios puños! Clive entreabrió los labios. —Estáis muy animados…

Ahora era cuestión de piernas, era cuestión de no dejarse acorralar. Recordaba lo que algunos boxeadores profesionales le habían dicho: «Los combates no se ganan con los puños, sino con los pies». «No hay que estar dos segundos en el mismo sitio».

Dio dos saltos y esquivó fácilmente. Los mastodontes nunca se habían encontrado ante un enemigo tan ágil como aquél. Era tal su impulso que estuvieron a punto de chocar entre ellos.

Clive levantó la bota derecha.

El impacto de ésta en la mandíbula hizo que uno de los enemigos cayera hacia atrás, con los brazos en cruz, sin lanzar un solo gemido. Al llegar al suelo estaba ya dormido. Y tendría «sueño» al menos para diez minutos.

El otro se asustó. Perdió la serenidad durante unos segundos y todo quiso confiarlo a un ataque furioso.

Fue un error, porque Clive pudo cazarlo dos veces por debajo de su guardia demasiado alta. Y cuando el otro fue a bajarla precipitadamente, dejó la mandíbula al descubierto. Aquello fue el fin.

Recibió un terrible golpe igual que su compañero, pero propinado con el puño en lugar de con el pie.

De todos modos, el resultado fue el mismo. Ahora los dos vaqueros estaban tumbados y con un «sueño» atroz. Sólo les faltaba roncar. Clive se acercó a Karen poco a poco. La muchacha estaba mortalmente pálida. —Buenos días, Karen…— Bu… buenos días… —Qué sorpresa verte aquí…— Es… una casualidad…

De pronto, las facciones de Clive se endurecieron. Su voz sonó espesa y ruda.

—¿Cuánto has pagado a esos dos pobres tipos para que me pusieran de rodillas ante ti?

—¡No te importa! ¡Pero aunque ellos hayan fracasado, yo lo

intentaré otra vez! ¡Te veré de rodillas! ¡He de verte así, lo juro!

—Quizá no te hayan enseñado una cosa, Karen.

—¿Qué?

—Que es peligroso hacer perder la paciencia a un hombre.

—Vas a perder algo peor que la paciencia.

—¿La vida?

—Si pudiese, te mataría, Clive. Te odio… ¡Te aborrezco como jamás he aborrecido a nadie!

—Mal asunto para enfocar tu vida. Eres demasiado joven para aborrecer. Deberías olvidar todo esto.

—¡Nunca!

Saltó hacia él. Quiso arañarle.

El joven le sujetó las muñecas fácilmente. Karen tenía nervio, pero no era nada entre las manos férreas de Clive. Éste la dominó tras un duro forcejeo.

—Quieta, fierecilla…

—¡Ya que no me has querido de un modo vas a tenerme de otro! ¡Maldito!

—¡He dicho que estés quieta!

Karen no llevaba guantes. Trató de arañarle otra vez.

Y de pronto Clive fue el que quedó quieto. El que quedó como petrificado.

Miraba algo como obsesionado, algo en lo que no podía creer de ningún modo.

Miraba obsesionado la mano derecha de Karen.

CAPÍTULO XI

Ella, de pronto, quedó atónita y paralizada también. Le extrañaba la repentina quietud del hombre. Y se había dado cuenta de la dirección de sus ojos.

—¿Qué te pasa? —balbució.

—Hay cosas asombrosas.

—¿A qué te refieres?

—Es increíble que…, que tú tengas un lunar exactamente en el mismo sitio que tu hija.

La garganta de la mujer emitió como un ronquido.

De pronto, su cuerpo se tensó. Saltó hacia atrás violentamente, soltándose de la presión de los dedos de Clive. Su espalda chocó contra la pared semiderruida de la casa.

—Vete… —balbució—. ¡Vete…!

Clive no se fue. De pronto parecía haber despertado de un sueño. Se pasó una mano por los ojos.

—La idea estaba clavada en mi cerebro… —balbució—. La tenía dentro de mí y no sabía lo que era. Había visto ese lunar en tu mano y lo había visto también en la mano de la pequeña Vicky. Pero no relacionaba una cosa con la otra. Era como una sensación confusa… Y ahora lo he visto todo con espantosa claridad.

Miró a la mujer, que respiraba fatigosamente, con la expresión angustiada del que siente que todo vacila en torno suyo.

—La hija es tuya, ¿verdad? Y la pobre Lorena, tu mejor amiga, consintió en pasar ella por el apuro, en hacerse cargo de todo, para que tú pudieras casarte con su padre, ¿no es así?

Karen no contestó.

Su silencio era una patética afirmativa.

—Ella sabía que, de otro modo, Brostein no querría nada

contigo. Hacía falta borrar ese desliz tuyo, hacía falta convertirte en una muchacha honrada. ¡Qué gran amiga, la pobre Lorena…! ¿Cuándo le contaste la verdad?

—Cuando le dije que…, que su padre… quería casarse conmigo…

—No comprendo cómo ella te ayudó así. Cómo fue tan buena.

Karen dijo con voz ronca, pero sin fuerzas.

—Me ayudó porque es mi mejor amiga.

—Pero aun así hizo demasiado. No tiene sentido hacer un favor tan grande a una mujer que, al fin y al cabo, se había entregado a un tipejo como Calvert.

—No me entregué a él.

Clive parpadeo.

—¿Cómo?

—Fue… a la fuerza.

Los labios de Clive se apretaron. Sus dientes produjeron una especie de chirrido.

—Ese maldito hijo de zorra… —balbució.

—Nunca ha querido reconocer a la pequeña. Y no existía la menor posibilidad de que me casara con él.

—Comprendo…

Clive había apretado los puños sin darse cuenta.

—Nadie sabía que yo tenía esa pequeña. Nadie… excepto Lorena. Y de pronto, un día, el millonario Brostein me pregunta si quiero casarme con él.

—Y Lorena te ayudó…

—Sí. Lorena tuvo lástima de mí. Me dijo que no debía preocuparme de la pequeña Vicky, que ella se haría cargo de todo. Que la llevaría a casa de una maestra conocida, llamada Marta, y que la presentaría como hija suya. Y que más adelante trataría de conseguir una elevada suma para garantizar su educación. En todo caso, aunque yo podría ver a Vicky cuando quisiese, debería acostumbrarme a la idea de que no era hija mía. De este modo nunca diría una palabra de más y Brostein nunca llegaría a saberlo.

Clive inclinó la cabeza.

Comprendía todo aquello muy bien.

Y un sentimiento de odio se había alojado en su corazón, un sentimiento que le ordenaba preparar una hermosa tumba para

Calvert.

Pero Karen pareció adivinar sus pensamientos.

—No le mates —dijo.

—¿Por qué dices eso?

—Adivino lo que estás pensando.

—¿Qué ocurre? Lorena y tú parecéis leer en mi cerebro.

—Leemos en tus ojos, que es distinto. Basta mirarte para darse cuenta de que estás dispuesto a matar a Calvert. Y yo te ruego que no lo hagas.

—¿Por qué no?

—Nada se remedia matando a un hombre.

Clive hizo una mueca. Comprendía que ella tenía razón.

Pero Calvert aparecía cada vez más ante sus ojos como un tipo que no merecía vivir. Si le dejaba con la piel intacta, haría con otras mujeres lo que ya había hecho con Karen.

Ésta susurró:

—De todos modos, en el fondo, debieras sentir una gran alegría.

—¿Por qué?

—Ahora ya sabes que Lorena es una mujer intacta.

—Y que es la muchacha más buena del mundo.

Karen entrecerró los ojos.

—Tengo la impresión de que te he perdido para siempre, Clive.

El guardó silencio.

No quería dañar a Karen. No quería decirle que estuvo enamorado de Lorena desde que la conoció.

—Tú la quieres —musitó ella—. Y Lorena te quiere a ti. En mi caso es diferente… Simplemente me gustas como hombre.

Sus ojos llameaban de pasión. Volvía a ser la hembra dominadora, rebelde, que consigue lo que quiere.

—Clive… Tú puedes querer a una mujer como Lorena… y besar a otra como yo —dijo inesperadamente.

—Eres una mujer extraña, Karen.

—¿Por qué?

—Lorena te hizo un favor de los que no se pagan en toda una vida. Es increíble que trates de separarme de ella.

—Separarte unos minutos…, no es separarte para siempre.

Clive volvió la espalda.

Le dolía, en el fondo, que Karen fuera así. Le dolía que perdiese

los escrúpulos con tanta facilidad.

Se alejó poco a poco, mientras oía a su espalda la respiración agitada de la mujer.

Los dos individuos a los que ella había pagado para que le diesen una buena paliza, empezaban a recuperarse en aquel momento.

Clive dio una palmada en la espalda de uno de ellos al pasar.

—Toma, muchacho, para que se te quite el mal sabor de boca.

Extrajo un cigarro de uno de sus bolsillos y se lo puso entre los labios al otro.

CAPÍTULO XII

William Palmer había tenido grandes éxitos en la profesión, que eligió desde su primera juventud. Había atracado lugares donde jamás un forajido soñó en poner los pies. Había obtenido beneficios realmente fabulosos.

Todo ello gracias a una virtud: la decisión.

William Palmer nunca se ocultaba cuando veía acercarse el peligro. Prefería atacarlo de frente y acabar con él.

Eso fue lo que sucedió al enterarse de que Clive Burkam había acabado con dos de sus mejores hombres.

Si dejaba a Clive seguir actuando, el *sheriff* especial le perseguiría hasta el fin del mundo. Era mejor resolver la cuestión de una vez.

Acabar con Clive.

Por eso aquella noche se reunió con Laurent, el único subordinado con el que ahora podía contar.

Los dos se encontraron en un saloon ruidoso donde era muy difícil que llamasen la atención, a causa de la multitud que continuamente entraba y salía.

Palmer fue claro y tajante:

—Ya sabes que tenemos a Clive Burkam tras nuestras huellas. Creí que me había librado para siempre de ese hombre, pero se está convirtiendo en mi pesadilla. He decidido terminar con ese problema.

—¿Vas a enfrentarte a él?

—Enfrentarme no es la palabra exacta. No pienso verle la cara, y mucho menos permitir que él me la vea a mí. Le atacaré por la espalda y tú me ayudarás.

—¿Estás seguro de no fallar?

—¿He fallado alguna vez cuando he resuelto eliminar a un hombre?

—Pero ese tipo es más peligroso que los otros. Nuestros compañeros no eran mancos y ya has visto lo ocurrido con ellos.

—Yo organizaré mejor la cuestión. Ellos no le atraparon por sorpresa; yo creo que ni lo esperaban siquiera.

Laurent asintió pensativamente.

—Sí… Es mejor acabar de una condenada vez. Clive es de esos tipos que, cuando han jurado atraparte, no te dejan ni aunque te vayas más allá de los hielos de Alaska. Mientras él viva no podremos disponer del dinero en ninguna ciudad de este país. Tienes razón; más vale acabar de una vez.

Pero quedaba lo más importante y él lo sabía. Con una mueca de preocupación preguntó:

—¿Y cómo?

—¿Tienes miedo?

—Incluso atacarle por la espalda me parece inseguro. Es de esos tipos que se vuelven en fracciones de segundo, apenas oyen el menor rumor sospechoso. Tenemos que inventar algo que no nos obligue a acercarnos a él. Y que no falle…

William Palmer rió suavemente.

—No te preocupes, Laurent. Eso que tú estás pensando lo he pensado ya, antes. Y he dado con la solución…

* * *

El reverendo Pinkerton se pasaba la vida recorriendo el Oeste y dando conferencias morales, en las que se exaltaba la paz y se condenaba la violencia.

El reverendo Pinkerton, perteneciente a una secta baptista, era un hombre de buena fe y que tenía elocuencia y dotes de convicción. Pero en eso de decir a la gente que no tenía que disparar aunque la provocasen, no hacía más que cosechar fracasos.

En eso no le creía nadie.

Pero cuantas mayores resultaban las dificultades, más empeño ponía Pinkerton en convencer a aquel pueblo de salvajes. Y conseguía, eso sí, que a sus conferencias fuese mucha gente. Lo que ocurría era que, a la salida, ya nadie se acordaba de lo que había escuchado.

Cuando llegó a Kempel, se produjo una gran expectación.

Puesto que el reverendo Pinkerton estaba enterado de qué pistoleros se hallaban entonces en la zona, los invitó a todos muy especialmente, ya que a ellos iban dedicadas sus charlas.

Clive fue uno de éstos.

Recibió una invitación muy bien impresa, en la cual el reverendo Pinkerton le daba cuenta de su próxima charla en el local de la Junta de Vecinos, esperando verse honrado con su asistencia.

El joven recibió aquella invitación cuando iba al hotel donde se hospedaba Lorena. No la había visto desde su dramática conversación con Karen.

Estaba decidido a hablar con la muchacha con claridad. Pensaba confesarle que la amaba más que a cualquier otra persona en el mundo. Y pedirle que renunciase a su fortuna y se casase con él.

No quería perjudicar a Karen. Que Brostein se las arreglase con ella.

Pero de ningún modo renunciaría a Lorena. Desde que supo lo que la muchacha había sido capaz de hacer por una amiga, no la arrancaba de su pensamiento. Le parecía verla en todos los rincones, palparla en el aire. Y ahora ya no podía más. Había vacilado mucho, pero ahora estaba dispuesto a dar aquel paso fundamental en su vida.

Encontró a Lorena en su habitación. La muchacha estaba sola.

De ella se desprendía aquella sensación de paz, de dulzura, que la había rodeado desde que la conoció.

La muchacha abrió mucho los ojos al verle. Parecía sorprendida.

—Clive.

—Hola, Lorena.

—Creí que estabas en el rancho, con mi padre. Pensaba que no habías vuelto de allí.

—En realidad, acabo de volver. Y he vacilado mucho antes de venir a verte.

—¿Por qué?

Lorena se había sentado frente a él. Sus labios temblaban levemente, quizá porque leía en los ojos del hombre una expresión distinta.

—Quiero hablar contigo, Lorena.

—¿No nos lo hemos dicho todo tú y yo?

—No. Lo más importante, no.

—¿Es que ha ocurrido algo nuevo?

—Sí. He hablado con Karen.

La muchacha se estremeció.

Su mirada vagó un momento por la habitación, que ya se había ido llenando con la dulce luz violeta del crepúsculo.

—¿Y bien? —musitó con voz insegura.

—Me ha explicado cosas que yo no podía imaginar.

—¿Por… ejemplo?

La voz de Lorena temblaba más aún. Y una luz distinta brillaba en sus ojos.

Clive explicó todo lo sucedido, menos su pelea con los dos matones y las palabras cargadas de pasión que Karen había pronunciado al final. Según su relato, fue como si Karen se lo hubiera explicado todo espontáneamente. Notó que el rostro de Lorena se cubría al principio de paz y que después se sonrojaba.

—Nunca creí que llegarías a averiguar eso —musitó la muchacha al final, cuando él terminó de hablar.

—Ya has visto que fue simple casualidad.

—Espero que no hagas uso de lo que sabes. Espero que no destruyas la felicidad de Karen.

—A nadie hablaré de eso.

—Si mi padre lo supiera, todo se destruiría.

—Lo comprendo. Y te prometo que la conversación que acabamos de tener nunca más volverá a salir de mis labios.

Ella se puso en pie y dio unos pasos por la habitación.

Su figura tenía una belleza y una dulzura casi irreales, al difuminarse con la luz mortecina del crepúsculo.

—De lo que sucedió, Karen no tuvo la culpa —dijo—. Por eso decidí ayudarla.

—Lo comprendo.

—No sabes lo que he sufrido con todo esto. Ha sido terrible para mí.

—Hemos sufrido los dos, Lorena.

—Lo sé.

Sus ojos se encontraron. Clive también se había puesto en pie. Estaban muy cerca, sintiendo casi que sus alientos quemaban.

Y de pronto aquellos brazos apresaron el cuerpo de Lorena, lo

hicieron suyo, la obligaron a temblar como una caña que se resiste a la furia de la tempestad, que se dobla, que se tensa y acaba entregándose suavemente.

Unos labios buscaron los otros labios.

El chasquido del beso llenó la penumbra de la habitación, fue para los dos como una señal misteriosa que decidiría el destino de sus vidas.

Naturalmente, Clive, que aún sostenía entre sus dedos la tarjeta del reverendo Pinkerton, la soltó.

Lorena bajó la mirada al suelo.

Necesitaba que sucediera algo, algo trivial que anulara la tensión que se había creado entre los dos, y aquella pequeña cartulina le dio un pretexto.

—¿Qué es esto? —musitó.

—Una invitación para una charla del reverendo Pinkerton. Creo que le conoces.

—Sí. Es muy popular por aquí.

La recogió y la miró, deseando olvidarse del beso que aún quemaba en su boca.

—¿Vas a ir?

—Creo que causaría muy mal efecto el que no fuese.

—¿Y cuándo empieza?

—Pues… —Clive vaciló—. ¡Caramba! ¡Ahora me doy cuenta! ¡Dentro de diez minutos!

—Te conviene ir allí. Te conviene ir en seguida.

—¿Es que me echas?

Ella sonrió, empujándole lentamente hacia la puerta.

—Sí, claro que te echo.

—Te da miedo estar conmigo.

—Mucho.

El fue a abrazarla otra vez, sintiendo que sus labios temblaban de pasión. Pero Lorena le rechazó suavemente.

—No perdamos la cabeza, Clive. —Prométeme que volveremos a vernos—. Eres tú el que tiene que prometerme que volverás…

—Lorena…

—No seamos locos, Clive. Ya nos hemos dicho demasiadas cosas por hoy. Vuelve mañana y quizá mañana sea distinto.

—Te prometo que lo haré, Lorena. A partir de este momento no

pensaré en otra cosa que en volver a verte.

Abrió la puerta. Cuando iba a salir, ella murmuró:

—Mi padre ha comprado aquí una casa…

—Caramba… Tu padre no para.

—Sí. Karen le ha dicho que le gustaría vivir en la ciudad y él le ha comprendido. Ocupa desde hoy una casa blanca que verás en el centro de la calle principal. Lo digo porque, si necesitas decir algo a mi padre, allí puedes encontrarle.

—Lo tendré en cuenta.

Y Clive salió.

En ningún momento de su vida se había sentido tan feliz. Le parecía que a partir de aquel instante todo sería maravilloso.

Llegó a la Junta de Vecinos sin darse cuenta. Y escuchó sin ninguna atención —ésta es la verdad—, la perorata del reverendo Pinkerton.

A la entrada había un desconocido que se encargaba de recoger todos los sombreros y todos los revólveres. Era natural.

A la salida los fue devolviendo.

—Su revólver, señor.

—Su sombrero, señor…

Todo el mundo le dejaba una pequeña propina y se largaba pensativamente. Las palabras de Pinkerton les habían hecho efecto, pero era seguro que por la noche ya no se acordarían de ellas.

Le llegó el turno a Clive.

—Su revólver, señor.

—Gracias.

Se lo ciñó con un hábil gesto.

El desconocido le sonreía.

—Su sombrero…

Clive lo tomó y fue a colocárselo. Su gesto resultó puramente maquinal. Uno de esos gestos que cualquier persona repite todos los días.

No supo qué fue lo que le hizo mirar al fondo del sombrero. Quizá fue su instinto, el sexto sentido que le había salvado tantas veces. No se dio cuenta de nada hasta que ya casi tenía la cabeza cubierta.

Y de pronto sintió la muerte.

De pronto notó la existencia de aquella cosa pequeña que iba a

caer sobre él, aquel cuerpo esquistoso que le había estado aguardando en el fondo del sombrero.

Ladeó la cabeza a tiempo, con un gesto instantáneo que sólo un hombre de sus maravillosos reflejos podía haber conseguido.

El pequeño escorpión resbaló sobre su camisa, por la parte del hombro izquierdo, y cayó al suelo. Clive lo aplastó instantáneamente.

El tipo que le había dado el sombrero se movió de repente. Su derecha voló hacia el revólver que tenía al alcance, en un cajón medio abierto situado junto a él.

Clive se contorsionó y cayó hacia atrás.

Tiró a través de la funda.

El desconocido lanzó un alarido y cayó hacia atrás, mientras la sala se llenaba de exclamaciones y de gritos. El reverendo Pinkerton corrió enloquecido hacia allí.

—¡Es la primera vez que matan a alguien después de una de mis conferencias! ¡Esto es inaudito!

Clive había reaccionado con una velocidad de vértigo. Sabía que nunca había visto al tipo al que acababa de matar y que por lo tanto éste no podía tener ningún motivo especial de odio contra él. Simplemente, alguien le había pagado para que hiciese aquello.

¿Quién?

Pronto pudo averiguarlo. Lo averiguó perfectamente cuando aquellas dos figuras se recortaron en la puerta.

—¡Palmer!

Palmer lanzó a su vez un grito de odio al ver que Clive seguía vivo. Laurent, que iba junto a él, desenfundó también su revólver, con un seco movimiento del que sólo un profesional podía ser capaz.

Clive se había dejado caer al suelo Dos balas picotearon las baldosas. El reverendo Pinkerton lanzó otro grito.

Laurent cayó hacia adelante, cubriendo parcialmente a su jefe. La bala de Clive, disparada desde el suelo, le había alcanzado en mitad de las cejas. William Palmer comprendió que su plan había fracasado.

Y esta vez no se enfrentó al peligro cara a cara. Esta vez prefirió huir.

Aprovechando que el cuerpo de Laurent le cubría parcialmente,

saltó hacia la puerta. Clive fue tras él.

La calle estaba llena de luces que parecían bailar. Las personas corrían atemorizadas de un lado a otro.

Clive gritó:

—¡Palmer!

El forajido se detuvo. Los dos estaban a unos diez pasos. Era inútil pretender huir a aquella distancia ridícula.

—¡Quieto, Palmer!

El pistolero sonrió secamente. Sabía cuándo había llegado el momento de luchar. Sabía que ahora todo dependía de su revólver.

—Has estado de suerte, Clive…

—Sólo me ha salvado que tengo buena vista.

—Y buenas manos…

—Tú tampoco eres manco, Palmer.

La sonrisa del pistolero se hizo más áspera.

—No quería enfrentarme a ti, Clive. Deseaba hacer las cosas de otro modo…, digamos más sencillo.

—Eso era un sucio asesinato, Palmer. Si me matas ahora, en cambio, podrás hacerlo con la cabeza alta.

—A mí eso de llevar la cabeza alta me importa un pepino, muchacho… Lo que quiero es liquidarte… De modo que muévete si quieres seguir viviendo. Porque si soy más rápido, te juro que te entierro con mis propias manos…

No dio señal para «sacar». Después de esas palabras se movió instantáneamente.

Pero Clive no se dejaba sorprender. Había pasado su vida luchando con los tipos como aquél, con hombres como Palmer. Su derecha volaba ya hacia el revólver cuando el otro se contorsionaba.

Sonó una detonación.

La cara de Palmer se volvió gris, mientras reflejaba una expresión de inaudita sorpresa. Hizo un inaudito esfuerzo para alzar el revólver de nuevo, y estuvo a punto de conseguir ponerlo en línea de tiro. Clive disparó otra vez.

Ahora las rodillas de William Palmer se tambalearon.

El hombre que había aterrorizado a todo el Sudoeste dio una lenta vuelta sobre sí mismo y fue arrugándose poco a poco. Sin lanzar un gemido, soltó el revólver. Su derecha subió entonces, con

un terrible esfuerzo, hacia uno de los bolsillos superiores de su camisa.

Clive se acercó a él.

Lo hacía lentamente, tras dejar el revólver, mientras una mueca amarga se dibujaba en su boca.

Desde el suelo, Palmer sonreía con una expresión ya crispada.

—Cuando todos los planes fallan, es mejor resignarse, muchacho. Tú has ganado…

Su mano derecha se alzó lentamente.

En ella había una pequeña etiqueta marrón con un número. Solamente eso.

Pero Clive comprendió de qué se trataba.

—Buen chico… —susurró—. A pesar de todo.

Y cerró lentamente los ojos de William Palmer.

* * *

El alguacil llegó corriendo, con la cara a medio enjabonar. Por lo visto el tiroteo le había sorprendido mientras se afeitaba.

—¿Pero qué infiernos es esto, Clive Burkam? —bramó.

De pronto miró al suelo.

—Di… ¡Diablos!

—¿Qué le pasa, alguacil?

—¡Es William Palmer!

—¿Hasta ahora no se había dado cuenta?

—Y ese tipo que está ahí tumbado, junto a la puerta… ¡Es su compinche Laurent!

—Tiene usted una vista maravillosa, alguacil. Me asombra.

—¡Ésos atracaron el Farmer’s Bank!

—Y tenían un motivo muy grande para atreverse a volver aquí, no lo dude.

—¿Qué motivo?

—Querían mi piel. A William Palmer nunca le gustó llevar enemigos a la espalda. Prefería liquidarlos como fuese.

Tomó la pequeña cartulina marrón y la guardó en uno de sus bolsillos.

—Pero ahora todo está resuelto, alguacil. Supongo estará de

acuerdo en que ha sido defensa propia.

—No lo discuto, pero…, ¿y el dinero?

Clive sujetó con dos dedos la cartulina y se la mostró.

—Esto es un resguardo de un paquete depositado en el almacén de la casa de postas, ¿comprende?

—¡Infiernos! ¡Claro que lo comprendo!

—El dinero nunca ha estado lejos de aquí.

El alguacil alargó la mano.

—Bueno, pues deme el resguardo y asunto resuelto.

—Un momento. El dinero estaba depositado en el Banco a nombre de Brostein. Se lo robaron a él.

—Eso es cierto.

—Voy a devolvérselo al propio Brostein.

—Quiere cobrar la recompensa, ¿eh?

—No… No pienso cobrar nada. Pero por razones particulares me conviene que me mire con cierta simpatía.

Guiñó un ojo al alguacil y se dirigió hacia la casa pintada de blanco.

Ésta era la más hermosa de la calle. Al verla, uno advertía en seguida dos cosas: que Brostein tenía buen gusto y que Karen tenía ambición.

Clive avanzó hacia ella.

Capítulo XIII

Golpeó con los nudillos y le abrió la propia Karen. Ésta hizo un gesto de sorpresa al verle.

—¡Clive!

—Juraría que no me esperabas.

—No… Ni siquiera debías saber que ahora vivo aquí… ¿Quién te lo ha dicho?

—Lorena.

—¿Es que acaso…?

—No temas. Por Lorena nada ha de ocurrir.

Las facciones de la muchacha se crisparon un momento. Luego trató de sonreír.

—Por favor, pasa.

Cerró la puerta. La casa ya estaba amueblada, y por lo visto, había pertenecido a una persona de posición. No faltaba allí detalle para hacer la vida más agradable y más lisonjera. El dinero de Brostein le permitía no equivocarse nunca en cuestiones de buen gusto. Todo aquello era una maravilla.

Karen musitó:

—¿Te gusta?

—Muchísimo.

—Brostein me la ha comprado para mí. El rancho es sólo para pasar temporadas.

—Algo así me ha dado a entender Lorena.

—¿Y tú qué opinas?

—Que estás naciendo gastar a Brostein mucho dinero.

—No hay motivo para que yo le resulte barata, ¿verdad?

El joven se encogió de hombros.

—Además, al fin y al cabo, él también va a vivir aquí.

—Tienes una lógica aplastante, muchacha. ¿Y dónde está Brostein ahora?

—¿Es que quieres verlo?

—Necesito hablar con él.

—¿Y por qué no conmigo?

El joven se encogió de hombros.

—Bueno, no es ningún secreto. Todo puedes saberlo tú perfectamente. Supongo que habrás oído el tiroteo…

—Claro que sí. Pero no he mirado nada. ¿Estabas tú envuelto en eso?

—Desgraciadamente.

—Tú no tienes solución, Clive…

—Quizá sí, pero esta vez, afortunadamente, es la última. La cuestión está resuelta. Palmer ha muerto y Brostein puede recuperar su dinero.

Karen abrió mucho los ojos.

—¿Qué dices?

—Todo está bien claro, ¿no?

—Pero tú ese dinero no lo llevas encima. Abultaría mucho.

El sujetó el resguardo con los dedos y lo puso a la altura de los ojos de la muchacha.

—El dinero está aquí…

—¿Qué es eso?

—¿No lo conoces? El resguardo de un paquete depositado en la casa de postas.

—¿Quieres decir que…?

—No hay posibilidad de error.

—¡Entonces ese pedacito de cartón vale una fortuna!

Clive Burkam sonrió.

No dejaba de hacerle gracia el asombro de la muchacha.

—Pues sí, ese pedacito de cartón vale una fortuna. Y por eso quería entregárselo a Brostein.

—Puedes dármelo a mí.

—No hay inconveniente, pero quisiera entregárselo personalmente a él. En cierto modo es un asunto privado entre los dos. Quisiera aprovechar la ocasión para hablarle.

—No te molestes; yo misma se lo entregaré.

Y fue a sujetar el taloncito. Clive lo retiró con un movimiento de

los dedos, mientras a sus ojos asomaba una leve expresión de sorpresa.

—¿Por qué tienes tanto interés en eso, Karen?

Ella no contestó.

Pero fue entonces cuando aquella voz sonó a espaldas del joven:

—Tiene el mismo interés que yo, muchacho. De modo que suelte ese pedacito de cartón si no quiere que le abrase con plomo…

* * *

Clive se volvió lentamente.

No tenía miedo, sino sólo sorpresa. Lo único que sentía era eso; sorpresa unida a una honda, a una amarga decepción. Porque de repente el alma de Karen se le apareció tal como era, con toda su sucia, con toda su repulsiva desnudez…

La voz que acababa de oír a su espalda era la de Calvert.

El pistolero llevaba el «Colt» a la derecha. Una sonrisa cínica flotaba en sus labios.

—¿Sorprendido, muchacho?

—Algo más que sorprendido: asqueado.

—Te tragaste lo que te dijo Karen, ¿verdad? También se lo tragó esa estúpida de Lorena. Que yo la había forzado… Tiene gracia. Karen y yo somos íntimos amigos desde hace bastante tiempo. Y cuando se le presentó la ocasión de casarse con Brostein yo le dije que aceptara, teniendo cuidado de que él no se enterase de que existía Vicky. Afortunadamente, Lorena lo resolvió todo mejor de lo que nos hubiéramos atrevido a soñar.

Clive preguntó por entre sus dientes apretados:

—¿Cuál era vuestro plan? ¿Llegar a matar un día a Brostein y apoderaros de todo el dinero?

—No digo que no… Efectivamente, un día u otro habríamos tenido que deshacernos de él… cuando hubiese regalado bastantes cosas a Karen. Pero ese taloncillo lo cambia todo. Podemos tener nada menos que un millón y ahora. De modo que vas a entregarlo… antes de despedirte.

Clive Burkam no se hacía ilusiones. Se dio cuenta instantáneamente de lo que aquello representaba. Supo que Calvert iba a disparar.

En esos momentos no le importaba el taloncillo; no le importaba

el millón. Sólo su piel, demonios.

Hizo un rapidísimo movimiento, ladeándose mientras llevaba la derecha a la funda.

El disparo de Calvert le rozó el brazo izquierdo. Clive apretó el gatillo y disparó a través de la funda, sin sacar el revólver. La distancia era tan corta y Calvert se había estado tan quieto —seguro de su venganza— que no podía fallar.

La bala le atravesó la mandíbula.

Calvert no tuvo tiempo ni de gritar, mientras caía hacia atrás con los brazos en cruz, soltando su «Colt».

La que chilló desesperadamente fue Karen.

Karen, que se dio cuenta de que iba a morir.

Con los ojos desencajados, con las facciones temblorosas, miró el negro orificio del «Colt» de Clive, que le apuntaba directamente a las cejas.

—No… —gimió—. No tires, Clive… No me mates…

La derecha del hombre tembló un momento. Bajó el revólver poco a poco.

Por su brazo izquierdo resbalaba la sangre.

—No voy a matarte, Karen —susurró—, porque nunca he matado a una mujer. Pero vas a huir de aquí y no volverás nunca. Nunca, ¿entiendes? Porque si alguna vez regresaras yo diría todo lo que sé. Brostein creerá que le has abandonado y terminará resignándose. Así tendréis vuestro castigo los dos: él quiso comprarte y se quedará sin nada. Y tú, sucia asesina, te quedarás sin las dos únicas personas a las que habías amado. Ese maldito Calvert y tu inocente hija Vicky, de la que Lorena se hará cargo. Pero que jamás se te ocurra volver…

Karen apretó los labios.

De sus ojos no escapó una lágrima. Aquella solución, el salvar la piel y la libertad, era buena para una mujer sin escrúpulos como ella.

Preparó un pequeño maletín con sus cosas y se marchó. Ni siquiera dirigió una última mirada al cuerpo de Calvert. En cinco minutos estuvo lista.

Una mujer como ella no le pedía demasiadas cosas a la existencia. Sólo vivir. Y olvidar. Y conseguir dinero.

Los sentimientos eran un estorbo para las mujeres como Karen.

No así para Clive, que la vio marchar con tristeza. Sus muchos años de *sheriff* especial, de matar para no morir, no le habían secado del todo el alma. Acarició lentamente el revólver y se dispuso a salir para ir en busca de Lorena.

Pero cuando estaba en la puerta se dio cuenta de que olvidaba algo: el taloncillo que había caído al suelo cuando él disparó.

Entró lentamente otra vez y lo recuperó, guardándolo en uno de sus bolsillos.

El taloncillo, maldito fuera, estaba manchado de sangre.

FIN